

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXI

San José, Costa Rica 1930 Sábado 25 de Octubre

Núm. 16

Año XII. No. 512

SUMARIO

Simón Bolívar.....	Carlos Pellicer	Rubén Darío.....	Francisco Contreras
Testimonio.....	Gabriel Alomar	Un decreto y una declaración del Dr. Palacios.....	
Las dos hermanas de Tunja.....	José Vasconcelos	Bibliografía titular.....	Juan del Camino
Imperialismo yanqui?.....	Félix del Valle	Bandidos?.....	Carlos Deambrosio-Martín
El caso de la inversión extranjera (3).....	N. Viera Altamirano	La catástrofe de Santo Domingo.....	Alberto Guillén
China.....	Antonio Caso	Epístola irónica y sentimental.....	
Doña Blanca de los Ríos de Lamperez.....	Gabriela Mistral	Tablero (1930).....	

Simón Bolívar es el hombre más grande que ha nacido en el Nuevo Mundo. Su tierra natal es Venezuela: nació en Caracas el 24 de Julio de 1783.

Sus padres y parientes eran muy ricos. Poseían una hermosa hacienda, la hacienda de San Mateo, en donde Bolívar pasó largas temporadas y así aprendió desde la más tierna infancia, a amar el campo y las montañas, el cielo y el mar.

Tenía cinco años solamente cuando un día en que le enseñaban a montar a caballo, habiéndolo puesto sobre un burro, el animal hizo un movimiento extraño y echó por tierra al pequeño jinete. El niño se levantó diciendo: ¿cómo quieren que aprenda a montar a caballo si lo que me dan es un burro?

Poco tiempo después murió el padre. Su infancia corrió entre los dulces días familiares de su espléndida casa de Caracas y las temporadas pasadas en el campo, en el seno de la naturaleza. Poco tiempo después perdió a su madre quedando al cuidado de sus tíos que lo amaron siempre mucho. Entonces empezó a recibir lecciones de gramática y cosmografía que le daba don Andrés Bello, quien era ya entonces un hombre notable; pero fué el señor don Simón Rodríguez, hombre de gran talento, quien modeló en gran parte el alma y el carácter de aquel muchacho que iba a ser más tarde llamado por los pueblos y los hombres el *Libertador de América*. Cuando Bolívar cumplió dieciséis años sus tíos decidieron enviarlo a Europa para que allí terminase sus estudios y su educación. Arreglado el viaje, partió a fines de 1799, rumbo a España. Pero el buque pasó primero a Veracruz en donde iba a recoger una fuerte cantidad de dinero que el antiguo Virreinato de la Nueva España debía hacer embarcar para la Metrópoli. Pero mientras llegaban los caudales, Bolívar tuvo tiempo de visitar la ciudad de México, pasando la diligencia que lo conducía por la pintoresca Jalapa y la monumental Puebla. Sólo diez días pudo permanecer en México el joven venezolano. Co-

Simón Bolívar

Por

Carlos Pellicer

=Del tomo II de *Lecturas clásicas para niños*. Secretaría de Educación, México=



Bolívar en 1830

Según el retrato de Meucci

La fuerza poética de Bolívar, su poder irradiante y creador, no estuvo en sus palabras, sino en su vida. La desproporción enorme entre su pueblo y la libertad amargó su obra, y le obligó a refrenar con moderaciones estrechas la amplitud de la visión pura, a la que nunca pudo abandonarse. Fué un temperamento clásico, forzado a una aventura romántica... Aun en sus momentos de lucha agudísima con la tiranía y con la ingratitud, una honda serenidad o sofrosine inspiró su palabra y su gesto. No tuvo, como Edipo, la suerte de que su sepulcro diese la prepotencia y la gloria al país que había redimido, y sus últimos momentos se amargaron con el espectáculo de la desvirtuación de su obra en manos ajenas e incapaces. Pero él había dicho: «Si un hombre fuese necesario para sostener el Estado, este Estado no debería existir y al fin no existiría.» Bastábale, para su inmortalidad, haber esculpido como un demiurgo en carne de pueblo y ver su nombre inscrito, como la huella de un gran espíritu, en la tierra virgen y ruda: Bolivia. «No hallando vuestra embriaguez una demostración adecuada a la vehemencia de sus sentimientos, arrancó vuestro nombre y dió el mío a todas vuestras generaciones.» Así, vióse «igualado con el más célebre de los antiguos fundadores, el padre de la Ciudad Eterna». Y al resignar el mando supremo, y despedirse de sus conciudadanos, pudo pronunciar, con un rubor de modestia eterna, estas palabras áureas: «La independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás».

Gabriel Alomar

(De Bolívar, Madrid)

mo era rico y de una familia distinguida y traía además cartas de recomendación para el Oidor Aguirre y el Arzobispo, fué presentado inmediatamente a las personas notables de la ciudad y también al Virrey que era entonces el señor don Manuel José de Azanza. Bolívar, educado finamente y poseyendo además el incomparable dón de la simpatía personal, tuvo siempre la fortuna de ser muy bien acogido en todas partes y por todas las personas que lo conocían. La Marquesa de Uluapa le dió alojamiento en su palacio y el Virrey Azanza gustaba de conversar con aquel muchacho que ya daba señales de mucha inquietud y de mucho talento.

Una tarde, después de un largo paseo por la ciudad acompañado del Oidor Aguirre, fué Bolívar a Palacio a visitar al Virrey quien lo invitó a tomar chocolate. La conversación era amena e interesante; pero, poco a poco, hablando de viajes y de la América del Sur, principió a hablarse de la organización de las Colonias Españolas de América. Bolívar nerviosamente habló de la independencia y sostuvo con toda la fuerza de su grande alma la idea de que *nuestra* América debía ser ya independiente de España. El tema de la conversación empezó a molestar el ánimo del Virrey, quien levantándose de su asiento y yendo hasta el fondo del salón, llamó al Oidor Aguirre para decirle que debía despachar para Veracruz inmediatamente, a aquel muchacho que, según el Virrey, tenía ideas peligrosas. Bolívar regresó a Veracruz y después de mes y medio de viaje en que hubo de padecer los rigores de una espantosa tormenta, llegó a España en donde debía esperarle un suceso muy importante.

En Madrid, la hermosa capital de España, vivía el Rey Carlos IV rodeado de lujosa corte y numerosa servidumbre. Como era un Rey tonto, y de carácter muy débil, se abandonaba al dominio de su Ministro Godoy, hombre inteligente y muy ambicioso. España, que tres siglos antes, durante los grandes rei-

nados de Carlos V y Felipe II, fué la nación más poderosa de Europa, en este tiempo del reinado de Carlos IV empezaba a perder casi completamente su gran fuerza política en Europa, por el desprestigio de sus últimos reyes y de sus hombres de Gobierno.

Bolívar llegó a Madrid y fué presentado por un colombiano amigo suyo que tenía grandes valimientos entre la nobleza y los hombres de Palacio, a todas las personas de la corte que por sus riquezas o por sus elevados puestos públicos hacían sonar su nombre en Madrid.

Un día conoció Bolívar a la señorita María Teresa Toro, sobrina de un Marqués y de familia muy honesta. El dulce sentimiento del amor se apoderó de aquellas dos almas y las virtudes de María Teresa hallaron en el hermoso corazón de Bolívar el sitio más delicado para hacer crecer en el alma del caraqueño, las ilusiones y deliciosas tristezas que da el primer amor. El muchacho pensó inmediatamente en casarse; pero la familia de la novia, en vista de la excesiva juventud de los novios, dispuso aplazar el matrimonio por algún tiempo.

Aranjuez es un lindo lugar cerca de Madrid a donde van el Rey y la Reina y los Príncipes a pasar días de placer y descanso. Un día, en el sitio destinado al juego de pelota, jugaban dos muchachos. Uno de ellos era el Príncipe de Asturias, heredero del trono de España, hijo primogénito del Rey Carlos IV. El otro jugador, era Simón Bolívar. La Reina y sus damas conversaban y miraban el juego. De repente Bolívar dió un fuerte pelotazo en la cabeza al Príncipe y éste fué a quejarse con la Reina; pero la Soberana lo convenció de que esos pequeños accidentes eran simples cosas del juego y que debía volver a jugar.

Algún tiempo después, el Príncipe con el nombre de Fernando VII, se coronaba Rey de España y de las Indias. Algún tiempo después Bolívar, Libertador de América, iba a arrebatarse el más elevado tesoro de su Corona: las Colonias Españolas del Nuevo Mundo. Aquel pelotazo fué el anuncio de un desastre para España.

Por este tiempo, Bolívar, que había descuidado bastante sus estudios, se dedicó a ellos con tanto afán, que en poco tiempo aprendió muchas cosas y se dedicó a otras.

Poco después hizo un viaje a Francia, fué a París, y allí vió de cerca al hombre más famoso de aquellos días, a Napoleón Bonaparte, que era el general más notable del mundo, pues había derrotado muchas veces a ejércitos unidos de diferentes naciones. Bolívar, entonces, admiraba a Napoleón.

Regresó a Madrid, y se casó con la señorita María Teresa. Los jóvenes esposos salieron poco tiempo después para Venezuela. Sólo diez meses vivió Bolívar lleno de felicidad y de amor al lado de su esposa; ésta murió al cabo de ese tiempo, en Caracas, dejando a su esposo hundido en inmenso dolor. Viudo a los diecinueve años, decidió viajar por Europa para buscar reposo en la inquietud constante de los viajes. Después de pasar en España algunos días al lado de la familia de su esposa, salió para Francia. París se llenaba de fiestas con motivo de la coronación de Napoleón Bonaparte. El que antes sólo fuera un general lleno de victorias y también un revolucionario, ahora traicionaba sus principios democráticos y apoyado por sus ejércitos ceñía sobre su frente la vieja Corona Francesa que él mismo había ayudado a derribar hacía unos cuantos años. Bolívar, entonces, ya no admiraba a Napoleón.

Volvió a ser París, como en los tiempos lu-

josos de los Reyes, la ciudad de la elegancia y de la moda, de la cortesía y del placer. Damas de grande inteligencia y belleza reunían en los salones de sus palacios a los hombres más distinguidos y a las mujeres más hermosas. Bolívar, tan joven, lleno de simpatía, de talento y de fina educación, frecuentó todos los sitios de París donde se unían al talento el lujo y la belleza. Por este tiempo acababa de regresar de un largo y maravilloso viaje por *Nuestra América*, el Barón de Humboldt. Este hombre era un sabio. Había recorrido casi todo el Nuevo Mundo, midiendo la altura de las montañas más altas, la anchura y profundidad de los grandes ríos, la elevación de las mesetas sobre el nivel del mar, la fuga de los litorales eternamente movidos por las olas; ruinas de antiguas ciudades, árboles viejos, rincones notables de la naturaleza, animales desconocidos en Europa, organizaciones de Gobierno; pueblos y razas, todo lo estudió con curiosidad, con paciencia admirable, aquel viajero maravilloso que era también un gran sabio: Alejandro de Humboldt. *Nuestra América* debe a este hombre ilustre el que Europa conociera bastante bien, desde hace más de un siglo, su geografía, su fauna y su flora, y su cultura de entonces. Humboldt reunía en su casa de París a multitud de personas distinguidas que visitaban, llenas de curiosidad, las riquísimas colecciones que el sabio alemán llevaba a Europa después de su largo viaje por América. Bolívar frecuentó la amistad de Humboldt así como la de otros sabios que entonces residían en París. Gastaba sus días en divertirse mucho, en pasear siempre, y en hacerse presente en dondequiera que el talento y la cortesía se aliaban para hacer agradable la vida. Vestía entonces el joven venezolano hermosos trajes y usaba joyas espléndidas. Era de mediana estatura, delgado, ensortijado el cabello y la frente anunciadora ya de grandes sucesos, la boca grande pero bien dibujada, la nariz hermosa, los ojos muy grandes y negros, que causaban

siempre, al decir de todas las personas que lo conocieron, una profunda simpatía en dondequiera que se presentaba. Hablaba francés perfectamente y podía conversar sobre muchas cosas. Fué siempre un gran conversador.

En París se reunió con su antiguo maestro don Simón Rodríguez y juntos salieron para Italia. ¡Italia! la tierra donde creció la República Romana y el vasto Imperio de Roma. Italia, llena de Historia y de arte, bajo un cielo luminoso y azul, bañada por dos mares y acariciada por dulces climas. Bolívar y su maestro viajaban a pie por Italia. En Milán asistió el futuro Libertador de América a la segunda coronación de Napoleón Bonaparte, Emperador de Francia y Rey de Italia. Por esos días pasó Napoleón revista a sus tropas, y un poco cerca de él estaba Bolívar con su maestro Rodríguez. El gran soldado francés miraba frecuentemente con curiosidad a Bolívar. Siguió éste viajando por Italia. Llegó a Roma.

Roma es la ciudad histórica más importante de Europa. Ella sola encierra gran parte de la historia humana. Cuando se llega a Roma, el corazón se multiplica y los ojos de toda una vida no alcanzarían para mirar tantas cosas. Rodeada de colinas, sobrelleva majestuosamente y con gloria su antigüedad de veintiséis siglos. En Roma la imaginación se enciende como una selva entera tocada por un rayo. Bolívar y su maestro se hospedaron en una posada desde la que aún puede admirarse las ruinas gigantes del antiguo Circo Romano. Todo en Roma es grandioso; hasta las ruinas. Bolívar gustaba de viajar solo por aquella parte de la ciudad en donde aún se levantan los restos imperiales de la Roma del grande Emperador Trajano. El joven caraqueño que iba a realizar después la Independencia de casi toda *Nuestra América*, tenía una gran tristeza en el fondo del alma, y esa gran tristeza no le abandonaría jamás. Ya su corazón se llenaba de altísimos sentimientos. Una tarde, paseando por el monte Aventino, una de las colinas que rodean a Roma, en compañía de su maestro Rodríguez, habiendo quedado ambos callados y silenciosos, mientras el sol, por la campiña romana tocaba las últimas piedras de las tumbas de la Vía Appia, Bolívar se puso de pie y juró a su maestro y a sí mismo dedicar su vida a la empresa gloriosa de la Libertad de *Nuestra América*. Y bajaron a la ciudad llenos de emoción y entusiasmo patrióticos.

El carácter del futuro Libertador de América, empezaba ya a revelarse lleno de energía y de libertad. Por esos días el Embajador de España en Roma le invitó a visitar al Papa. El llegar frente al Pontífice, el Embajador, hincando las dos rodillas, besó las cruces bordadas en las sandalias del Papa. Bolívar permaneció de pie. En vano el Embajador le hacía señas para que, hiciera lo que él acababa de hacer. Los momentos pasaban como siglos desagradables, la situación era penosa. Entonces Bolívar dijo: «Bien se conoce lo mucho que el Papa aprecia la Cruz de Cristo cuando la lleva en los pies». Y se negó a arrodillarse.

Bolívar y su maestro recorrieron a pie, casi toda Italia. Estuvieron después en Austria y Alemania; allí se embarcó Bolívar rumbo a los Estados Unidos en los que después de haber visitado las principales poblaciones, tomó pasaje para Venezuela y llegó a Caracas a fines de 1806. Al regresar de nuevo a su tierra natal, contaba veintitrés años de edad y poseía una ilustración variada conseguida en constantes lecturas y viajes numerosos y detallados.

(Seguirá en la próxima entrega)

INDICE

Legenda aut adquirenda

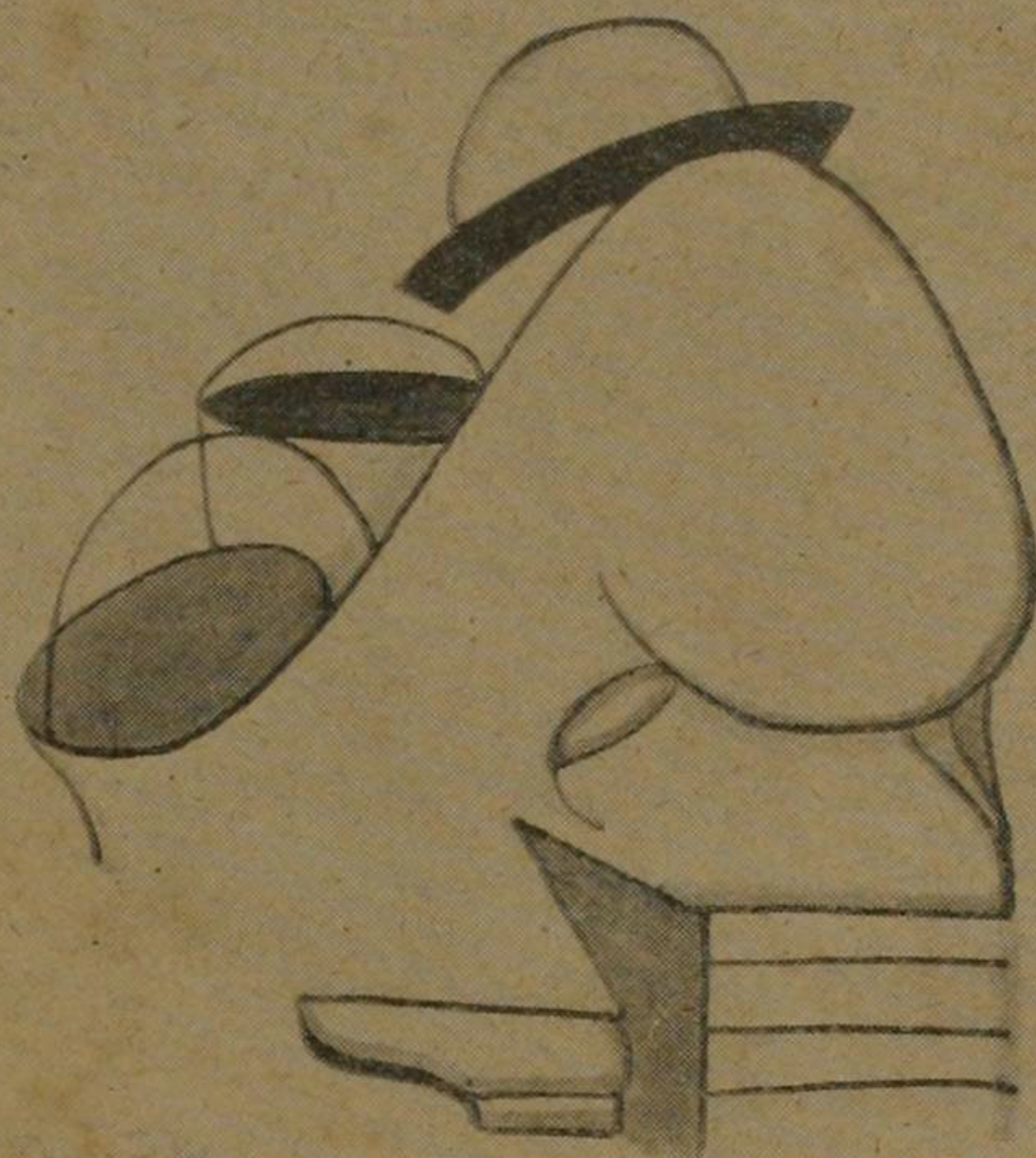


Alberto Samain: <i>Cuentos</i>	4.00
Luis Bello: <i>Viaje por las Escuelas de España</i> , 4 vols.	14.75
Mariano Antonio Barrenechea: <i>Excelencia y miseria de la inteligencia</i>	4.00
Alfonso Reyes: <i>Cartones de Madrid</i>	1.00
E. Ziamatin: <i>Decomo se curó el doncel Erasmo</i>	2.25
Luis López de Meza: <i>Iola</i>	4.00
Máximo Gorki: <i>Los Artamanoff</i> (Novela)	3.75
Bernard Shaw: <i>Matrimonio desigual</i>	3.75
Antonio Machado: <i>Poesías completas</i> 1 vol. pasta	5.00
Mariano Iberico Rodríguez: <i>El nuevo absoluto</i>	3.00
Roberto F. Giusto: <i>Enrique Federico Amill</i>	3.00
J. Cadalso: <i>Cartas marruecas</i> , 1 vol. pasta	2.50
José Martí: <i>Poesías</i>	6.00
Roberto Gache: <i>Baile y filosofía</i>	4.00
Carlos Wylid Ospina: <i>El autócrata</i> . Ensayo político social	4.00
Franz Tamayo: <i>Nuevos Rubáiyet</i>	3.00
Horacio Quiroga: <i>Pasado amor</i> . Novela	4.00
Fedor Gladkov: <i>El Cemento</i> . Novela	4.25
<i>Las mejores poesías para la declamación</i>	4.00
Isadora Duncan: <i>Mi vida</i>	4.50
B. Gracián: <i>Tratados</i> , 1 vl. pasta	3.00
Augusto Messer: <i>Filosofía y Educación</i>	4.50
E. Swartz: <i>Figuras del mundo antiguo</i>	3.50
A. Rosenberg: <i>Historia de la República Romana</i>	4.00
Emil Ludwig: <i>El Hijo del Hombre</i> . Vida de Jesús	5.50
T. Wilder: <i>El puente de San Luis Rey</i> . Nov.	3.75
André Gide: <i>Corydon</i>	3.75
Alejandra Kolontai: <i>La bolchevique enamorada</i>	3.75
Amado Nervo: <i>Sus mejores poemas</i>	4.00
Enrique Larreta: <i>La gloria de Don Ramiro</i>	4.00
<i>Cartas de Bolívar</i> , 2 tomos	17.00
Corst Fedin: <i>Los hermanos</i> . Novela	8.00
J. Ortega y Gasset: <i>La rebelión de las masas</i>	6.50
Margarita Comas: <i>El método Muckindei</i>	1.50
Luiz Astrana Marin: <i>El cortejo de Minerva</i>	3.75
J. Heizinga: <i>El Otoño de la Edad Media</i> , 2 vls.	15.00

Dirigirse al Adr. del Rep. Am

Las dos hermanas de Tunja

= Colaboración directa =



Por E. Quirós

Al pie del monumento que rememora la batalla, cerca del puente de Boyacá esperaban las comisiones; grupos a pie, damitas, jóvenes, funcionarios, militares, particulares, estudiantes. Al detenerse el coche, gritos, vivas, saludos; ramos de flores y banderas. En las presentaciones suenan nombres que han sido próceres: Ota-loras, Restrepo. En los uniformes, en las maneras cultas de los oficiales, hay una vaga reminiscencia bolivariana. Dirige una joven hermosa, gentil, la reina de los estudiantes tunjeños, la Señorita Teresa. Cambian de manos las ofrendas florales y se hace rueda para iniciar los discursos. Vuelan las imágenes atrevi-das como las águilas de Boyacá; las frases gallardas rastrean el orgullo adormecido, un hondo senti-miento aviva el dolor de la decadencia con el recuerdo de pretéritas glorias. El viajero, que es recibido como huésped empieza a despertar de la modorra de los largos viajes, se desentume apenas del viento frío en el coche abierto. Quedaron atrás los páramos lluviosos y ahora se ha despejado el cielo; la claridad inunda generosa el ambiente, lustra los prados, pone radiación en las corolas. Y sobre la columna y en las lápidas se olean las leyendas heroicas; gritos entusiastas rompen las vibraciones latentes, decesos mirajes hechos de viento, vapor y luz. Onde la bandera de Colombia que toma su ocre al paisaje de las cortadas; irrumpe el color mexicano con su rojo vivo de sangre y su verde de ilusión aplazada. ¡Viva el pensador de América! ¡Viva Colombia! Las manos se buscan, saludan efusivas, los ojos ahondan su mirar, reconociéndose, interrogando la realidad personal para ver si correspon-de a la ficción. Fraternidad hispana tiembla en el mismo ambiente en que hace poco más de un siglo se destrozaron las legiones en conflicto desventurado. ¿No lo reconoce así el monumento en la placa que recuerda el aporte de la Legión Británica? Ya desde entonces metidos ellos como una estría que parte el granito aborígen español?... Llegan más au-tomóviles, crecen los Vivas; la mañana se ha lavado, se ha puesto de gala para el desfile.

Coches embanderados, agrias bocinas y bulliciosos manifestantes van por la carretera moderna, por el lomo de las viejas colinas verdeantes, por el filo de los granitos que sirvie-ron de pedestal a los guerreros. Por dentro, en el coche del huésped, va la reina estudian-til, blanca, morena, fresca, habla y parece que la menuda lengua tropezase con el paladar tomando acentos como de roce en seda o en terciopelo. Una voz que rompe la indiferencia y penetra como licor suave aromado. La voz anuncia los encantos de Tunja, los arreglos de las fiestas. Al otro lado del huésped con-versa también, afable, el oficial que parece arrancado al cuadro de la vieja batalla boyacense. Por el frente, un enlazamiento de coli-nas, en los costados, las montañas, en el fon-do, las cordilleras. La ruta sube y baja, ser-pea; de pronto, en uno de los altos, logran los ojos descubrir la ciudad. Se diría un miraje de cuento oriental. Sobre el tapete de las coli-nas quemadas de sol un agregado de cons-trucciones macizas, aplanadas noblemente como para realzar el hábito de las azoteas y los

campanarios. Remates de cúpula y torre fin-gen un anhelo pertinaz y colectivo; por la pe-riferia las construcciones se achatan como si volvieran a confundirse con la roca primitiva. Las casas todas se aprietan constituyendo or-ganismo. Los muros son de sillería, sólidos, como para resistir los vientos; los siglos, las revoluciones.

El hotel, de amplios salones, da a la plaza. La plaza es vasta, toda empedrada, desolada; un gran cuadrado sin árboles, sin bancos, simple lujo de espacio. Y en los cuatro costados, salvo algún lunar modernoide, casas de largos balcones verdes sobre muros de azul o de blanco. Ven-tanas enrejadas, celosías y como tapa de pa-goda china, largos aleros que rematan la com-ba de tejados ocre, manchados de lama. A la derecha, una catedral de piedra, pórtico sobrio, de estilo español, horriblemente afeada por dentro con unas ojivas de colorete. Al lado de la Catedral una linda casa modelo de estilo tunjeño; larga celosía central y a ambos lados balcones pintados de verde.

Pero hay mucho tesoro escondido que no podría descubrir el viajero en solo unas horas; por eso las damas solícitas se han ofrecido a acompañarlo. Una de ellas, Mercedes, herma-na de la reina, conversa, explica y orienta a lo largo de las calles que se adornan con la fiesta de las rejas y ondulan, se enlazan por lo alto en la línea irregularmente armoniosa de los tejados. Pasamos la torre cuadrada, torre casi nudejar de San Ignacio; llegamos a la fachada morisca del antiguo convento de San Francisco; sólidos muros, vanos, escasos y nobles; por dentro el claustro, doble arque-ría en cuadro.

El orgullo de Tunja es la capilla del Rosa-rio, en San Francisco; clásico esplendor ibero-americano, oros radiosos igual que en el tiem-po en que incas y aztecas pulimentaban discos imitando al sol; pero enriquecido el alarde con

los acantos, las guirnaladas, los capi-teles, las espiras salomónicas, los espe-jos, los óleos ricos de color de los retablos. Altorrelieves asombrosos, fi-guras graves de apóstoles ennoblecidas con mantos de esmaltes en oro, en azul, en rojo; vírgenes de túnicas rosadas, damasquinadas, increíbles; juegos alados de ángeles que se arrañ-can a la escultura para danzar ritmos audaces, contradictorios, concurrentes como en la sinfonía. Fiesta de colo-res, gracia de líneas, triunfo de pers-pectivas, éxtasis y acción; arte cabal, arte teológico; gloria de América. Berruguete y Palestrina realizados en el hábito de una nueva creación. Primitivos y clásicos pierden en un éxtasis la ruta y dejan convertido en oro y en ritmo su clamor; eso es el plateresco, el churriguera en Hispanoamérica.

La guía gentil, Mercedes, muestra tímidamente los tesoros de su ciudad y delante del altar maravilloso aguar-da perpleja la impresión del visitante; parece que temiera la incompreensión, la peregrina fatiga de los cansados de no ver. Después, la voz femenina empieza a referir circunstancias, ex-plica datos, ayuda a sentir. Un hilo invisible ata la voz melodiosa con los ritmos plásticos, inconsumados de los retablos y parece que acabara por dárles sonoridad. El anhelo hu-

mano se funde en los signos divinos y el mi-lagro de la belleza se consume pleno, misterioso y profundo, fugaz siempre y sin embargo, eterno. Todavía al salir del templo y cami-nando por las aceras en el atardecer se divi-san en la lejanía los azules diáfanos de la meseta y las colinas verdeantes por delante de la cordillera imponente, distante.

Las damas se despiden y una comisión mas-culina toma a los viajeros para ver de prisa el pozo del cacique indígena; una fuente de aguas abundantes a donde se supone echó los tesoros el último rey aborígen para librarlos del vencedor. También bajo la tarde, ya oscu-ra y lluviosa, se hace la visita de los cojines tallados en lo alto de una roca basáltica su-puesto adoratorio de los indígenas... El hués-ped no deseaba ver colegios; oyó hablar de un mes de María con ofrendas florales y le-tanías cantadas y había encargado a sus guías femeninos que lo llevaran. Pensó volver a hallar intacta su infancia envuelta en la infi-nita, temerosa dulzura del aura materna... pero prevalecieron los hombres y allá fué, a dis-gusto, al Instituto. Bajo los aleros de un viejo corredor y en el patio descubierto se agrupa-ron los estudiantes y se produjo el discurso. El discurso sorprendió al huésped y lo arrancó de su desgano y somnolencia. El orador juvé-nil, casi infantil, definió un programa conciso, claro, generoso. Aurora siempre joven a pesar de los siglos que quedan atrás eclipsados cada vez que sale la aurora.

La banda municipal ha ido a tocar galante-mente bajo los balcones del huésped. El di-rector ha presentado un programa; música ex-tranjera mala, de segunda, en el país de su origen. Balken y Wolfes y Jones pueden hacer maquinarias pero hasta ahora todavía, no lo-gran rimar sonidos. El huésped indiscreto lo dice y que prefiere algo compuesto por un Gómez o Martínez o González. ¿Que no saben

algo del país? Dudas, perplejidad, demora, pero a poco se inicia la retreta con un bambuco ondulante, sentido, que se llama más o menos: *Las honduras de Tunja*. La gente se agolpa alrededor de los músicos; salen al balcón con los obsequiados, las comisiones, las autoridades, las señoras; hay aplausos. ¡Viva México! ¡Viva Colombia! ¡Viva el pensamiento mandando, grita una voz que parece un eco del anhelo aplastado en México por la brutalidad pretoriana; en el balcón se suceden los discursos, ya abajo siguen resonando las muestras de la música nacional.

La Tentación mientras tanto, conversaba por dentro con el huésped, y decía: Tengo treinta y cinco años, fui educado en Oxford y en Cambridge; poseo acciones en la bolsa de Nueva York; setecientos mil dólares en efectivo; una Hacienda en los Llanos; venga conmigo para que vea lo que es entrar mil reses por una dehesa; dormirá usted en una estera con el rifle al lado; pero todo lo que vea en derredor será suyo; de todo lo que tenga la mitad para usted, la mitad para mí; *fifty fifty* de todo, véngase amigo. ¿Qué anda haciendo más por el mundo? Cazaremos tigres, comeremos como reyes y hay «chinas» cuantas quiera... En una canoa larga iremos por los ríos durmiendo bajo el toldo por el rumbo del Amazonas. Allí hay machos, mis sirvientes de un tajo cortan una boa, comen yuca y beben aguardiente. Usted podría escribir allá un libro. Venga, no lo piense; ya le digo, de todo lo que tengo, la mitad. Y mientras esto repite brillaba inteligencia bajo unos espejuelos claros y las mejillas se acaloran con un whiskey que enseña a beber Oxford. Mal gusto es del whiskey, prefiero el del cognac; pero hay nobleza en la cara, en el ademán del propietario colombiano y bajo sus palabras va apareciendo la visión de la selva domeñada, amenazante, fascinante. Tremendo viaje una y otra vez aplazado, pospuesto, irrealizado.

Hubo después esa cosa fea que se llama una conferencia; un orador o varios gritan con una multitud en torno; la expresión se exagera; el pensamiento se diluye o se deforma y la incoherencia alcanza sus mejores éxitos; una impulsión directa que el público recoge y convierte en vibración de conciencia; se produce exaltación.

A las diez empezó el baile, donde la reina, no más de doce parejas. Han reaparecido las jóvenes remozadas, engalanadas en sedas y escotes. La reina está hermosa, muy blanca bajo el negro terciopelo que le ciñe el talle ondulado, juvenil. Una cordial y contagiosa sonrisa consume presentaciones, enlaza parejas, anima a la danza. La hermana Mercedes también se ha transformado en una nueva belleza entre sedas de rosa; traje ajustado en escultura viviente, palpitante; esbeltez castellana, severa, perfecta, casta. Hay el período en que es posible describir los ojos, el perfil, la boca, pero se llega raras veces a otro estado en el que ni se mira ni se deja de mirar, pero se imbebe; igual que una embriaguez que no sólo marea sino que exalta.

Colma... Se ha decretado el boicot de lo bárbaro con lo que quedaron proscritas las músicas de marca industrial. Revive el pasillo, juntando, acordando parejas. Se separan, se persiguen, se envuelven los bailarines al ritmo ternario de bambucos y torbellinos. Una alegría desbordada inventa giros, los extrae

de la alfombra, del piso. Murillo en el piano impone, revive los aires nativos. Síguelo la orquesta al principio, con timidez, como si no osase ser lo que fué en sus días de señorío, la estirpe hoy humillada; finalmente se entrega y suena como nunca se había logrado: orgullosa, espontánea, dominadora. Los viejos se animan, se levantan, se añaden a las rondas. Mercedes, como su hermana, baila e invita a bailar, quiere que todos estén contentos; juega con el ritmo y con el júbilo. Envuelta en resplandor deslumbra si pasa, y se aleja, y en seguida, en otros casos, cuando sus brazos armoniosos dirigen al torpe bailador, entonces, como el baño de una corriente mansa, pasa el destino hecho licor de ilusión. Suceden a los pasos populares los viejos vales sabrosos, como dicen por allá, en que se mece la fantasía. Y a ratos, un rozamiento leve inyecta el ensueño de viva ansiedad, reclamo de venturas positivas. El alto de la orquesta rompe, quiebra, destruye implacablemente, imbécilmente, definitivamente, la posibilidad indudable de dicha.

Una vez roto el círculo mágico de los destinos que buscan alianzas, es imposible recobrar la holgura, la intimidad, la levitación que nos pone fuera del alcance de toda impresión vulgar. El vacío forma huecos en derredor y el mismo pensamiento se ausenta. Luego, una que otra frase trivial y distante y por fin el

ansia de renovar, así sea en cualquier otro plano, la intimidad... ¿Verdad que Tunja vale la pena de ser conocida? Diga usted algo de Tunja; usted que puede hacerse oír... Sin duda; sí..., pero, me han dicho que usted también escribe; porque no, mejor usted... Sea usted la voz de Tunja.

El baile se suspende a intervalos y entonces se reanudan más precisas las conversaciones; circulan, se detienen las parejas; se pasan radiantes las mujeres y entre los grupos se abren paso los mozos que ofrecen en bandejas de plata la champaña que recuerda el culto de Francia en estas antiguas poblaciones del continente... Hermosa fiesta, exclama el huésped y su gentil acompañante inquiere: ¿De verdad ha estado contento? Pues eso hemos querido... Quisimos que usted, por unas horas al menos se olvidara de todas sus contrariedades y se sintiera a gusto, como si estuviese en su casa entre los suyos... Piensa el huésped, ¿casa?... Esta, por un instante y bendita... y tornan a envolverse las parejas en los giros de la clásica danza en criollo. Al piano, el maestro Murillo, ha ido creciendo y está en pleno derroche; vigor, sentimentalismo, infinito sentimiento. La orquesta ebria de ritmo toca marcando exacto, poderoso, el compás... El tiempo se ha ido tragando más horas, se empieza a hacer palpable la conveniencia de las despedidas... Y todo ocurrió como si fuese un sueño

José Vasconcelos

¿Imperialismo yanqui?

= De La Libertad. Madrid. =

La potencia de recapacitar, de auto-enjuiciarse, es una cualidad personal que produce admirables frutos. Ciertas colectividades desconocen lo que significa para su vitalidad este examen, que es exigencia primordial para toda perfección. Cegadas por conceptos externos echados sobre ellas como telones, durante años y años, no ven, no cotizan, no someten a juicio sus propios actos. Singularmente padecen de esta miopía los pueblos jóvenes exentos de esa experiencia que se da en lo personal, casi como producto espontáneo de la memoria, afirmado por la razón, con el solo hecho de vivir largamente. Entonces el individuo comprueba que la mitad de las desventuras que el destino le acarrea las debe a él mismo en mayor proporción que a los demás. Idéntico fenómeno acontece con los pueblos.

Se fustiga demasiado el imperialismo yanqui. Y nosotros, hispanoamericanos, ¿por qué no nos recogemos a meditar en su origen y crecimiento hasta sentirnos los más responsables del mismo? Concretamente, ¿qué es y cómo se produce el imperialismo yanqui? Lo visible, lo objetivo, es el resultado cuando ya es el atropello. Mas éste obedece a un proceso. Nunca ha sido un deseo verdaderamente norteamericano el hacernos daño. Es algo inevitable, cuyo camino hemos tirado a cordel nosotros. El norteamericano, es cierto, lo compra todo. Pero no es menos exacto que los hispanoamericanos también lo vendemos todo. Si queremos, honradamente, desenmascararnos e ir al fondo de la cuestión,

debemos reconocer nuestra frivolidad, nuestra inconsciencia o nuestra coquetería, para valerme de los adjetivos más débiles. La excepción de personas no cuenta en problemas trascendentes, frente a los que voces aisladas, y no acciones decisivas, por robustas que aquéllas sean, carecen de validez para desviar hechos rotundos, a los que han venido asistiendo, impasibles, y hasta colaborando, satisfechos, pueblos enteros.

El imperialismo yanqui, si existe tal y como se le pinta, con inmoderados anhelos de anexión territorial, es, en efecto, obra más nuestra que de los propios yanquis. Todos los medios que sirven para consolidar la esencia de una nación, para apretar la estructura de un país, los ponemos en sus manos. Es más: les invitamos a que tiendan sus redes de dólares resonantes, sin medida ni control, atrayéndolos para entregarnos ciegamente por unas monedas, igual que el indio salvaje que ofrece pipas de oro a cambio de fragmentos de lunas azogadas. Como el capital es de constante e inaplazable necesidad para nuestro desarrollo, los grandes núcleos no han visto quizás sino esa elemental necesidad de poseerlo. No les importa la forma en que es invertido lo que se exige a cambio de él, que es muchas veces renunciar a órganos y derechos que se hallan por encima de todo soborno y de toda especulación.

El yanqui nos ha conocido, poco a poco, sin equivocarse hasta ahora. Y su filtración en nuestros medios ha sido tan bien administrada, que empezamos a sentir los

trastornos de nuestra debilidad, la enormidad de nuestras concesiones, hasta el punto de tropezarnos por todos los poros de evasión con la valla del oro norteamericano. ¿De qué extrañarnos? ¿Por qué atacar solamente a los yanquis, cuando nosotros somos los autores de su obra, y, en todo caso, más vergonzosamente responsables ante la Historia que aquéllos?

El hispanoamericano—hablo de una manera general, sin referirme a personas o países determinados—es externo, sensual, frívolo. Un muñeco vivo, en suma. Incorpora cinematográficamente las ideas, y las desliza por una pantalla *ad hoc*, su pueblo, ante todo y sobre todo, con la voluptuosidad de oírse y de ser oído. Como es sensual, es egoísta y no piensa en la ilimitada dilatación del horizonte humano. Ni siquiera que su existencia, y, por tanto, su poder, es un tránsito y tiene un límite, y que la única forma de prolongarse sería arquitecturar su nación, ajustar sus resortes para la eternidad, antes que buscar su propio y personal provecho, barnizado por esos teatrales actos a que tan aficionados somos los hispanoamericanos, más sensibles al vacío de la grandeza, de los títulos—rótulos—, que los europeos, que ya se ríen de los mismos cuando no emanan de un positivo e indiscutible valer. El hispanoamericano sólo persigue, pues, las más amplias comodidades materiales. Es su fin. No le importan los medios, aunque tratándose de los intereses de sus propios países sus *operaciones* constituyen verdaderos delitos. Los yanquis no desconocen estas debilidades, el fondo de sensual apetito que existe en casi todos nosotros, incluso en algunos políticos llenos de falso ardor revolucionario, y nos penetran y nos captan por este flanco.

He aquí una muestra definitiva de penetrante captación, que no será desmentida por ningún hispanoamericano que la haya comprobado en su país. Un estudiante se destaca, pidiendo emancipaciones sociales y económicas con epilépticos gestos revolucionarios y alzamientos atronadores de voz. Los yanquis saben qué, a la larga, contarán con una ficha más para su tablero. Y como el estudiante revolucionario, que viene con un aparente vendaval de saludable patriotismo, dispuesto a enmendarlo y resolverlo todo, pertenece a una clase social modesta, el éxito del plan capitalista está descontado. Una vez abogado, médico, etc., apenas disponga de algún ascendiente o de alguna perspectiva, será requerido por la Empresa yanqui más fuerte, para ser, verbigracia, abogado consultor. Ser abogado consultor es no ser absolutamente nada. Pero es recibir un sueldo fantástico. Cada Sociedad o Empresa yanqui cuenta con un manojito de consultores, en los que estimula—no hace falta sembrar—la semilla de sus personales ambiciones, sus afanes inmoderados de *figurar*, como por allí se dice. Financiados por tales Empresas, los consultores serán progresivamente concejales, diputados, ministros acaso, o sin acaso, presidentes de la República. El revolucionario, el *mitinero*—valga el término—adversario de los hombres que se halla-

bán en el Poder mientras era un simple ciudadano, es, en pocos años, poseedor de fincas, de coches, dueño de una vida muelle y regalada y de una fuerza material que no esperó en sus épocas de miseria, porque es la realidad sobrepasando el fondo del más profundo de sus sueños. Todo ello, claro está, más o menos indirectamente, a expensas de la carne y la sangre de la nación.

He aquí el gran secreto del imperialismo. Por este procedimiento, los capitalistas yanquis, sin ostentar otro carácter que éste, gozan ocultamente de más influencia y dominio cerca de algunos Gobiernos hispanoamericanos que sobre el suyo propio. Todo el estado mayor político y social de aquellos países está elaborado y colocado por ellos. ¿Cómo se van a rebelar los miembros de esta Liga nefasta, si ello implicaría la clara difusión de un secreto a voces—de un secreto cada vez mejor disimulado entre gritos patrioterios—, y que es la entraña misma de su propia subsistencia?

Cuando surgen los hombres capaces, los hombres con naturaleza de tales, se provocan los dramas. Sinceramente quieren hacer un país de su país y extirpar el círculo vicioso en que se les ha situado. Tarea enorme, que exige el despliegue de energías heroicas. Porque se encuentran que cuando las cosas no están vendidas, los hombres están comprados, y que esta situación va del núcleo más íntimo a la periferia en círculos que se extienden hasta resultar casi irrefrenables. Entonces, resolver el problema de los hombres es tropezarse con las cosas, o viceversa. Y para esta lucha, cuando ya se plantea, franca y resuelta, se opone la resistencia efectiva de la imponderable fuerza de los Estados Unidos de Norteamérica, que no tiene otro camino que acudir a defender el sostenimiento de voluminosos capitales invertidos. Contra los hombres no cabría, pues, sino una radical extirpación, aunque en muchos casos equivaldría a despoblar los países enteros.

Tal es la actual verdad histórica de no pocas naciones hispanoamericanas. Como se habrá observado, el asunto comienza con la pueril y alegre inconsciencia de un sainete, y va terminando en tragedias dolorosas y asfixiantes. El sainete lo hacemos y representamos nosotros. La tragedia es consecuencia inevitable, que el tiempo incesante va perfilando. ¿Cuántos de nuestros países podrán substraerse a estas consecuencias? El caso heroico de México es ejemplar en todos sus aspectos y derivaciones. El americano del Norte inicia el acatamiento a la fuerza propia de este país. Y los otros, ¿sabrán recapacitar, enjuiciarse a sí mismos, aprovechar el ejemplo, para recuperarse y vivir en la plenitud de los pueblos auténticamente libres? Este es el verdadero problema. No se diga que con tal conducta perderían el capital norteamericano, urgente para fecundarse. El capital en Norteamérica es excesivo. Necesariamente, por presión de su peso, tiene que emigrar y expandirse, porque rebosa en su propio suelo. Hispanoamérica es el lugar más adecuado para su alojamiento, entre otras, por una razón de determinismo geográfico. Solo, perdería el capital su peligroso carácter imperialista, que nosotros mismos acentuamos. Y para eliminar tan agudo peligro, sería imprescindible que nos sacudiéramos cuanto antes de ese trivial imperialismo interno—que no quiero calificar menos sagazmente—, autor de los más grandes y profundos desconciertos hispanoamericanos. Tal es la verdad exacta. En mi sentir bastan, pues, estas notas, brevemente trazadas, para darse cuenta de lo que es y significa el conflicto, en potencia, en muchos de nuestros países.

Dejo ahora al imparcial criterio del lector español el decidir sobre quién engendra y robustece el imperialismo yanqui, o, en el caso de aceptar ambos, cual de los dos imperialismos, el norteamericano o el nuestro, es más inmoral y repulsivo.

Félix del Valle

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

El caso de la inversión extranjera

= Envío del autor =

3.—Los verdaderos peligros del capital extranjero

Véase la entrega anterior.

Hemos visto cómo la inversión del capital extranjero en los países nuevos puede significar, y en realidad significa, una oportunidad para el desarrollo de las fuerzas económicas, para el adelanto intelectual de las masas y para una mejor edificación de la conciencia. Esta triple maravilla proviene de que el trabajo es la escala por excelencia para ampliar la conciencia humana, para que el hombre que está aún en las fronteras de la bestialidad pueda levantarse suavemente y armónicamente hasta la esfera de las creaciones intelectuales y físicas.

Podemos educar a la niñez e inculcarle las más avanzadas ideas de patriotismo, de civismo, de humanidad; podemos engalanar la mente del escolar adulto con todas las excelencias de las letras clásicas y modernas; pero si no damos a esa juventud la oportunidad del trabajo en el sentido rigurosamente económico, no podemos decir que le hemos dado la dirección total para la vida. El trabajo es la verdadera disciplina para la vida social e individual. El escolar puede salir de la Universidad con las mejores teorías, —pero— a menos que haya acompañado un perenne laborar económico durante su aprendizaje—este joven no podrá llamarse un hombre. La hombría en la edad moderna requiere, exige, voluntad, y la verdadera voluntad se muestra con el esfuerzo impuesto por la necesidad, no por el propio gusto o la propia selección; la verdadera voluntad es aquella que se aplica a un logro remoto, y no a un logro inmediato; la voluntad perfecta es aquella que, hace hoy lo que pudo dejar perezosamente para mañana; la voluntad cabal es aquella que se aplica directamente al logro de cuanto constituye la personalidad cívica, social, política y económica.

La necesidad primordial para los pueblos es tener oportunidades de trabajo que les permitan avanzar en la escala de la cultura, y esa oportunidad se las brinda con eficacia la inversión del capital extraño, la llegada del dinero y del crédito extraño acumulados en otros países, porque el dinero es el gran provocador de la actividad humana. Puede decirse que es la bandera a cuya vista se ponen de pies todas las actividades del hombre. Un pueblo de labradores perdido en un rincón de la tierra, complacido de su vida reposada y tranquila, despertará a una era de actividad fabril si alguien llega a ofrecerle trabajo con mejores salarios que los salarios conocidos, y si al mismo tiempo puede adquirir con esos mejores salarios aquellas cosas por las cuales ha suspirado siempre, pero que su pobreza no le permitió nunca alcanzar.

Porque el invertor extranjero siempre causa eso: la elevación de los salarios, no precisamente por su propia munificencia, que no se puede esperar de quien invierte con el propósito de recoger más de lo que riega, sino porque aumenta la demanda del trabajo y al aumentar al mismo tiempo el medio circulante establece el espejismo económico de que los trabajadores que reciban una moneda con menor poder adquisitivo se hagan la ilusión de que ganan y que deben ganar más. Este oro extranjero sirve de estímulo al consumo, y por allí contribuye a que se eleve la norma de vida de los nativos. Al elevarse esta norma de vida la conciencia popular se amplía con mayor confort, más amplia comprensión del progreso y el acicate de las nuevas exigencias

personales. Cada vez resulta que el invertor extranjero tiene que pagar mejores salarios en las tierras donde invierte, mientras el margen de utilidad que le queda entre el precio, el costo de producción y los precios establecidos por la plusvalía mundial se lo permitan. Y este margen, seguramente, continúa mientras la norma general de vida en los países nuevos no alcance la norma de los países viejos; mientras en el país nuevo no se capitalice rigurosamente todo el conjunto de los factores en la producción económica. Entre estos factores, uno que sirve de indicador peculiar de ese progreso, es el valor de la tierra. Mientras la tierra de un país nuevo—en otras similares circunstancias que no pueden enumerarse de una vez — permanezca con un valor menor que el de las tierras de los países antiguos, las oportunidades de inversión provechosa continúan allí sin agotarse.

Como todas las diligencias humanas, la de la inversión encierra sus peligros y tiene su táctica especial para convertirse en un poder de expoliación económica tan pronto como le llega el turno de percibir retornos, y esta táctica consiste—y contra ella deben estar alertas los pueblos nuevos—en monopolizar las fuentes mismas de la producción de la riqueza en su forma natural, como las tierras y las cascadas, las costas y el subsuelo. Otras veces la táctica especial consiste en apoderarse de otras formas de producción de riquezas que por su misma naturaleza económica deben revestir los caracteres genéricos de los monopolios, y esto se hace con la construcción de ferrocarriles, acueductos, plantas generadoras de energía eléctrica y negociaciones mineras especiales. Cuando el país nuevo hace formal e ilimitada entrega de esos medios de producción, de hecho enajena una parte valiosa de su autonomía económica, de su libertad, y se somete a una obligación cuyo cumplimiento puede implicar por largo tiempo, una vida de trabajo, una vida de producción de riqueza en beneficio casi exclusivo de los concesionarios extranjeros. Porque, como antes decimos, esas empresas revisten forzosamente la condición de monopolio, y para que sean viables deben revestirla así. No podemos imaginar la competencia comercial en el transporte ferroviario porque al

establecerla estaríamos gravando rudamente el costo de vida del país. Una línea ferroviaria que una a Guatemala con San José de Costa Rica, para ser construida, necesita ampararse en una concesión especial que no permita la construcción de otra vía paralela entre las dos ciudades. Si calculamos ligeramente un costo de 30.000 dólares por milla de vía férrea y establecemos como distancia económica posible ochocientas millas entre las dos ciudades, la línea costaría 24 millones de dólares. Dos líneas férreas costarían cuarenta y ocho millones. Si admitimos que las tarifas de transportes de las dos empresas entrasen en competencia, tenemos que admitir que ninguna de las dos las bajaría más allá del costo neto del transporte; pero como el volumen del transporte tendría que dividirse entre las dos empresas, por el hecho de tener su tráfico reducido, el costo neto del transporte en las dos empresas sería forzosamente más alto que el costo de una sola empresa, aunque esta empresa tuviese que equiparse con material rodante más costoso al operar sin competencia. Igualmente consideraciones podemos llevar a otras formas de monopolio, y deducir de todas ellas que por la magnitud de esas empresas y la significación socio-económica que envuelven, todas ellas deben ser amparadas por concesiones especiales para que el capital extranjero se aventure en su construcción.

El hecho histórico de un siglo es que esas concesiones se otorgaron al capital extranjero, sin limitación racional alguna, por todos los países del nuevo mundo. La razón es obvia. Esos países necesitaban desarrollarse a todo trance. Tenían tierras en abundancia y las podían dar en grandes extensiones sin aparente perjuicio de la población nativa. Por otra parte, el capital extranjero necesita rodearse de toda clase de garantías para invertirse en los países nuevos. Equivale a decir, necesitan invertirse con un ciento por ciento de probabilidades de éxito. Hay que tomar en cuenta el poco comercio de esas tierras nuevas, la escasa población, el capital nulo que entra en actividad en otras formas de empresas y hasta la inestabilidad política y social. Los pueblos jóvenes tenían que rendir tributo a los pueblos viejos, y lo rindieron sin murmurar quizá presintiendo que las oportunidades de liberación económica son infinitas para aquellas comunidades donde la conciencia colectiva sabe expresarse en forma digna. Y así en efecto, con pocas excepciones, todos esos países de inversión se han colocado a una altura desde la cual les

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS
ESTRELLA, LAGER, SELECTA,
DOBLE,
PILSENER Y SENCILLA.

FABRICA:
REFRESCOS
KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.

SIROPES
GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

es permitido rectificar sus normas y defenderse con brío contra la explotación extranjera.

El problema de la inversión extranjera tiene, como se ve, sus múltiples lados, como toda modalidad de la conducta humana; pero de las reflexiones que anteceden podemos concluir estas afirmaciones:

1.—La plusvalía mundial invita constantemente a los países sin desarrollo a participar en la oferta de las subsistencias y las manufacturas.

2.—Esta participación, dado el estado intelectual y moral de esos países, no se puede lograr sino por medio del capital extranjero invertido allí en formas provechosas.

3.—La participación en el comercio internacional elevará notablemente las normas de vida de esos países y les permitirá desarrollarse ampliamente aun en actividades que no son estrictamente de concurrencia en el mercado mundial.

4.—La inversión del capital extranjero acorta la jornada de la perfección colectiva, porque con ese capital no solamente llega el estimulador máximo de la actividad de los hombres, sino también las tácticas de trabajo de los países más avanzados.

N. Viera Altamirano

(El capítulo cuarto saldrá en la entrega próxima.)

5.—Pero al capital extranjero debe ponerse un límite en su inversión en aquellas formas de empresa que interesan a las públicas necesidades y cuya forma de actividad tiene que revestir un carácter de monopolio.

De esta manera tomamos un partido medio entre el exclusionismo de los nacionalistas ciegos para quienes el grito de guerra de «afuera el capital extranjero» y los internacionalistas liberales y espléndidos, para quienes no es criminal ni inhumano entregar a ese capital la autonomía de sus propias patrias con concesiones ilimitadas cuyo desarrollo implica la explotación atroz de muchas generaciones de hombres.

La Araña

En medio de la noche, de improvviso,
con quijotesco paso temerario,
adelantas como ágil dromedario,
sobre el dibujo que decora el friso;
ya de tu cable pendes, desde el viso
que instalas en la cima del armario,
o ahorcas al moscón estrafalario
entre los hilos de tu paraíso...

Diabólico eremita, que te ocultas
en el tibio rincón de mi aposento;
bajo mi fantasía te sepultas

con la indolencia de mi aburrimiento,
y el ritmo de mi sueño dificultas
cuando te enredas en mi pensamiento.

La Hormiga

Si sobre la tierra sus rayos prodiga,
el sol la seduce con su lumbré clara...
Por el llano trota diminuta hormiga,
como si la vida ya se le acabara...

Corre, corre, corre, no siente fatiga,
marcha sin descanso la tenaz avara...
¡Cuánta prisa tiene!... ¿Para qué se obliga?...
¡Parece que nunca de correr parará!...

En el frenesí de su aturdimiento
vive fascinada con su movimiento;
y miden sus pasos el largo camino

donde se acrecienta su pingüe tesoro;
¡mientras que en la rama fragante de un pino
dice su querella un ave de oro!

La Abeja

En la siesta la abeja rumorosa
hurta el aroma de la flor temprana,
lo mismo en el jacinto que en la rosa
con que el prado risueño se engalana;

por volar entre flores, codiciosa,
olvida que la tarde soberana
ha de hundirse en la noche silenciosa
para que brille el sol por la mañana...

Pero, al nacer el esplendor del día
será el vuelo nupcial por el espacio;
como rubio racimo la armonía

del enjambre, en el cielo de topacio,
y néctares suaves y ambrosía,
para la abeja de oro en su palacio.

Cervantes

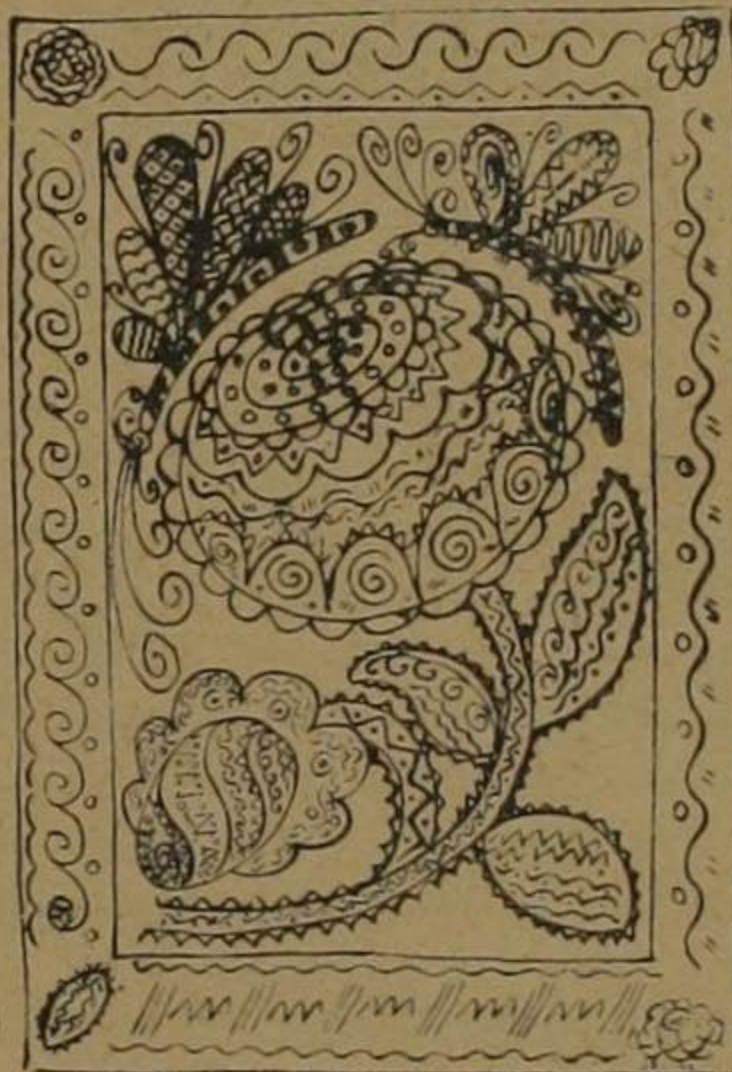
¿Quién repartió la humana fantasía
en dos mitades llenas de grandeza,
y en ambas, con la misma gentileza,
derramó su caudal de poesía?...

¿Quién lanzó por el mundo su hidalguía
en lucha contra el dolo y la bajeza,
y suscitó el ingenio en la rudeza,
y matizó el amor con la ironía?...

¿Quién lloró con el bien, pero riendo,

China

=Colaboración directa.—Son, estos sonetos, parte de un libro que pronto verá la luz y que se llamará: *Crisopeya*.=



y con el mal río, pero llorando?...
Fué un hidalgo español, a lo que entiendo,
que, al ir por el Parnaso caminando,
a su más alta cima fué ascendiendo,
y con Homero yace, reposando.

A Dante

Sólo por ti la cumbre del Parnaso
no fué la sola cumbre ¡oh vagabundo!...
Dante, no más por ti, ¡sol sin ocaso,
profundo bardo y pensador profundo!

Grecia no supo, en el murrino vaso;
como en la copa del Grial fecundo,
escanciar ese néctar, en que al paso
de Jesucristo, se redime el mundo.

En los tercetos de inmortal *Comedia*
repercute la gloria de tu exilio;
desde feudal montaña la Edad Media

te columbra que eclipsas a Virgilio,
como ante la visión de la Tragedia
se ofusca la ternura del Idilio.

Virgilio

Dulce poeta cuya voz de plata
resuena todavía, indeficiente,
y a través de los siglos se dilata
por la conciencia de la absorta gente;
un gajo de laurel sobre la grata
placidez soñadora de la frente,
al semidiós olímpico delata,
y reverdece, milagrosamente.

Su acento vibra en imperecedero
clamor que acalla al grito del destino
y exorna a Roma en su esplendor postrero;
y égloga prócer, como dón divino,
anticipa el arcano venidero
y a Cristo evoca en medio del camino.

El Buho

Córvo su pico cual segur cortante
y la pluma sutil que riza el viento;
firme la garra que le da sustento,
aterrador el ojo fulgurante...

De la vetusta torre, amenazante
con el orgullo de su pensamiento,
suele bajar en el arrobamiento
de la estrellada noche palpitante...

Inquieta a solas la visión que mira
alzarse del abismo que le asombra:
como el halcón audaz, pero sin ira,
al protervo reptil capta en la sombra;
por el espacio silencioso gira,
y enmudece la boca que le nombra.

Los pavones

¿Cómo loar de Juno los pavones,
a su graciosa majestad afines,
si el azul de sus plumas, a millones,
rindió ya de la Fama los clarines?...

Deslumbren con sus claras perfecciones
al dilatado mundo en los confines,
y exornen el Olimpo con sus dones
aves que son orgullo de jardines...

Pero, si no loar, que está de sobra,
diga el soneto, lleno de zozobra,
del pavón la triunfal cortesanía,
cuando, al erguir su cauda, suma y cobra
la pasión de su dama, y la ufanía
de vencer con su luz a la del día.

El Faisán Dorado

Ave fénix que ostentas en la suma
claridad de tu porte, la pristina
belleza del metal donde consume
el mundo su avidez luciferina:

tu cuerpo, que el acero damasquina
y el rojo bronce con su peso abruma,
de un solo trazo de su fácil pluma
lo concibió la fantasía divina;
como chispa de oro tu mirada
y azulado tu pie que el suelo besa;
ave resplandeciente, empenachada
de oro que fulge, y arde, y embelesa...
¡A Jasón fascinaste, cuando airada
su hueste por la Cólquide atraviesa!

El Gallo

Roja la cresta que dice su brío,
suave la pluma que el ala brillante,
hincha su gorja belígera y canta
en el cercado vecino al bohío:

nunca le vieron rehusar desafío;
a sus rivales con furia quebranta,
y, sobre el campo que rinde, levanta
claro trofeo de gallo bravío;
cruza la vida sin una congoja,
recio, nervioso, feliz, altanero;
con sus queridas se place y aloja
como si fuera Francisco Primero,
y, cuando el astro los cielos sonroja,
lanza el clarín de su canto sincero.

Antonio Caso

México. D. F. Octubre del 30.

Gente española:

Doña Blanca de los Ríos de Lamperez

= Colaboración directa =

Pequeña, prodigiosamente pequeña, con un tercio de la Menina, otro del elfo, otro del trasgo. (La Menina es la infancia demorada; el elfo es la gracia; el trasgo, la Magia). Más pequeña cuando busca libros delante de su empingorotada estantería; más, cuando pasa las semanas y los meses en las salas faraónicas de las bibliotecas de historia, sobre una de las mesas medioevales que le gustaban por su desahogo a Menéndez Pelayo; todavía más pequeña atravesando la Castilla de su pasión; y más, andando, en su desvelo, por la geografía desatada de la América suya.

Del trasgo no recibió el juego burlón; trajo mente seria, hincada con hincadura de pica española en lo grave de este mundo: historia, mística, política—pero política a lo Catalina de Siena.

En la cabeza, que no es de elfo, sino sólida, dos ojos azules, de un azul que es tierno y agudo, en dos parpadeos seguidos. Cierta azul, que yo llamo *azulillo*, banaliza el ojo; el suyo es otra cosa. Yo pensaba mirándola en que ella cogió los más cabales ojos de madre y que Dios la dejó sin hijo. Con esta calidad de azul pudo mirar la otra Blanca de Castilla que mucho se le parece. Si se le hubiera ocurrido seudónimo ese nombre habría llevado, sin doblarse con su peso. Es todo lo *de Castilla* que cabe, con más raza a cuestras que cualquier infanta. Se sabe la meseta místico a místico y paisaje a paisaje acardenalado o polvoso: no hay otra manera de sabérsela; puede andarla sonámbula, como en el refrán, sin errar la puerta de la casa del Greco o la del conventito friolera de San Juan de la Cruz. Un ingeniero, un alguacil, no se la saben mejor.

Sobrino de un historiador de la lengua, don Amador de los Ríos, cuyo ejemplo ha debido ponerla a tocar con el goce de él los tendones del idioma; hija del arquitecto que restauró con pudor—vale decir con tiento—la catedral de León; mujer de otro arquitecto que ha apretado en buena síntesis la arquitectura cristiana de España. Así, doña Blanca se ha movido de niña y de mujer entre gente que bien hacía y bien comentaba. Pedro Prado apuntaría que los arquitectos le enseñaron a construir lo suyo y a ver la masa de lo ajeno.

Su autodidactismo la salvó de malograrse las virtudes de mujer en las bancas universitarias, secas, como su barniz o su marroquí. Una como leche candelal le corre por el pensamiento a veces.

Solamente la salud estropeada, como la de Santa Liduvina, dice doña Emilia Pardo, le ha parado en ocasiones ese largo trabajo suyo, que yo suelo verle como una de las rutas romanas, franca, sin riesgo, y en piedras de talla, que el sol latino hace blancas.

La voluntad española, tan negada, pone testimonio en ella, como la ponía en su Cortés o su Vasco Núñez. ¿No es la forma de la Península la de un puño cuadrado de Europa, puño de empecinamiento vasco o aragonés, y por lo mismo de empresa?

La pasión suya se llama lo español peninsular primero; lo español ultra-marino enseguida. Ninguna cosa fuera de esto.

La traen y la llevan clasificada como conservadora, es decir, como *gerárquica*. A mí me vuelven un poco odiosa la palabra los que gerarquizan a su antojo, siendo siempre su antojo su conveniencia. Si es cierto que ella se tenga



Doña Blanca de los Ríos leyendo su discurso en el homenaje a Tirso de Molina, en el Teatro Español

sus castas en tajadura de Roldán, vive, ayuda y obra como si el concepto le sobrara. Yo no le he sorprendido gerarquías hablando de lo nuestro: la Argentina no le cubre con su gran bulto la cañita de Costa Rica, ni su amistad del México letrado y petrolero la hace desatenta de Chile. En vez de la preferencia, a lo francés, de lo americano rico, yo la he visto acongojada por la desgracia de Nicaragua o por el enajenamiento de Puerto Rico.

El dividir de Cristo será el suyo, si es verdad que divide: Lázaro, el popular, igual al Nicodemas patricio; José de Arimatea, senador, igual a Dimas, en la compasión del mismo Viernes Santo. Diferencias: la higuera estéril y las otras.

Como racista, doña Blanca ha obrado al revés de Maurras, que querría apretar el núcleo galo con tenazas, para defenderlo... Ella piensa que si lo español se echó en la carabela, se arriesgó en ola, y cayó en alianzas a lo Ulises en la otra orilla, ahora no queda más que seguir con ojo dulce la aventura de la sangre, de cuchilla a cuchilla del suelo de América. La greguería española ha sido volcada del Río Grande al Estrecho, y no hay sino recogerla en Colombia como en Chile, anotando y aceptando las diferencias naturales que ha cogido del lugar, y rehacer con ella el tapiz español, el largo tapiz de la sangre emigrada.

Diez años lleva de vida un tanto prodigiosa por el perdurar sin lucro su revista *Raza Española*. La hizo doña Blanca después de averiguar su América, de haber pellizcado en su costumbre y huroneado en su geografía. Cuando ya tuvo el continente en la masa de la sangre, se sentó, a escribir y convidó a escribir allí sobre el hecho ibérico, nada más que sobre el negocio ibérico, en letras, historia, ciencia y economía.

La revista es una de nuestras cosas de España, más nuestra que si fuese la fundación de un Patiño boliviano; hasta los que la ignoran tienen en ella su apoyo de trabajo y de descanso para cuando quieran.

Ahora que el hispano-americanismo—yo prefiero decir el indo-españolismo—se ha vuelto una mimada criatura en Madrid, y sale de Palacio saludado hasta el suelo, no es ningún trabajo torcer la atención dirigente hacia la Amé-

rica. Otra cosa era hace treinta años: había esparto soberbio que romper y tal vez algunas agujitas de rencor que debieron ser despuntadas para que no hiciesen sangre en el coloquio.

Las estanterías de doña Blanca, segmentadas de lo argentino, lo chileno, lo mexicano etc., cuentan que ella lleva unos cuarenta años, sin hueco de negligencia, de buscar y leer lo nuestro. En el catálogo de sus obras, que acaba de aparecer, yo he contado noventa y siete artículos y discursos de nuestra divulgación. Pasado a metáfora este trabajo, es una cobijadura de la raza; pasado a texto escolar, se llamaría a quien lo hace *madrecita de unos pueblos cortados contra su gusto*.

Otra empresa le ha gastado los años y los años: la historia literaria de España, y dentro de ella, la rivalidad de Tirso de Molina. Por la estría esta de su trabajo la conoce y la estima mejor la crítica española. Nosotros por la anterior.

Doña Emilia Pardo comentaba el caso curioso de un escritor puesto entero a desnudar y a acrisolar la honra de un muerto. Se veía como apelmazada la tierra, de puro abandono, en torno de la figura de Tirso, tapada de ella hasta el pecho. Doña Blanca de los Ríos ha arañado y cavado en eso, y ya se ve más franco en la luz de España el bulto de Tellez, limpio de alguna costrilla biográfica fea y en su real tamaño, el que ella, la leal, ha querido. Se caía en la costumbre de mirar a Tirso por debajo de Lope. Ella creyó siempre que son iguales y que la clasificación ha sido precipitada o maliciosa. Se puso a probarlo y va convenciendo a los mejores, después de una documentadísima porfía... Cuestión de niveles, cosa importante para una escrupulosa, y ella es eso, una minuciosísima, por celo de las cifras de la cultura española.

En bien de Tirso, ha estado nada menos que veinticinco años oliendo librotos cargados de humedad o de naftalinas, en rastreo del dato que le pareció torcido y que torcido estaba. La búsqueda, más laboriosa que la de un insecto para Fabre en los pedregales de la Crau, ha solido darle alegrías como la del hallazgo de la fe de nacimiento de su fraile. Cincuenta datos puso en su biografía la mano pequeñita, es decir, ella la ha construido de nuevo, rebanando entera la mentirosa. El premio de la Academia Española, que para mientes de tarde en tarde en alguna pieza esencial y la alaba, se queda bien por debajo de la empresa de rectificación de esta mujer, que es ni más ni menos la de una nave en la «catedral del idioma».

Don Marcelino Menéndez Pelayo la llamaba «entendimiento bien regido» y otros le han dicho —como siempre—lo de la «mente varonil», con intención de halagarla.

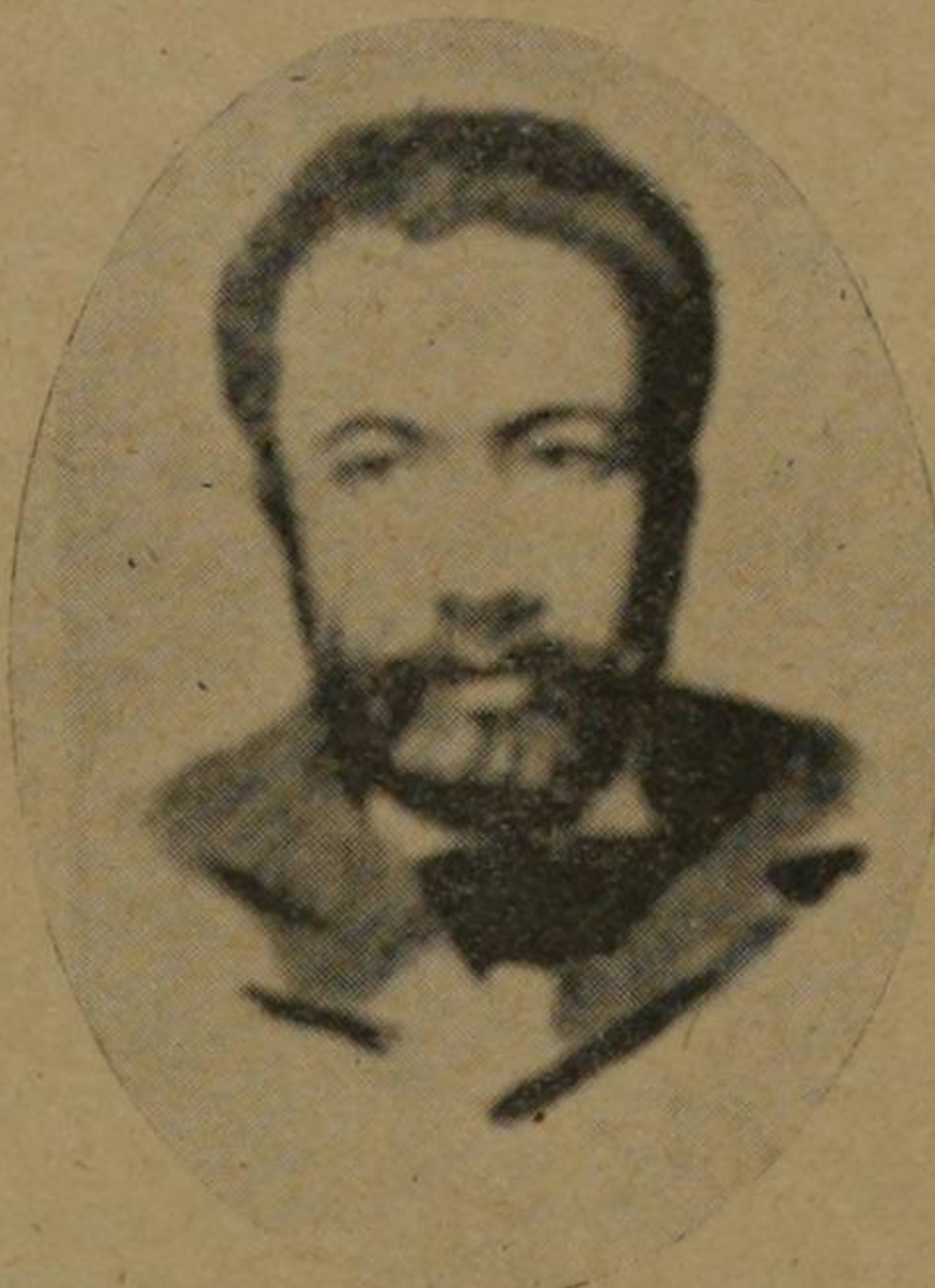
De mujer son, más que de hombre, estas paciencias, que otras gastan en el depilado de la ceja; lealtad de mujer este vindicar al comediógrafo que manejó agudamente la intriga femenina; entrega de mujer el desentenderse de la obra individual para seguir las de Tellez en leguas de aventura bibliográfica. Ya resulta majadería llamar varoniles cualidades que son de mujer y que nosotras podemos voltear lo mismo hacia el marido y al niño que a la biblioteca o a las probetas. Aquí no hubo criatura que nutrir y peinar y por eso la diligencia tierna se volvió libro y libro.

(Pasa a la página 253.)

Rubén Darío

El refugio en París, la vida íntima

(Capítulo del libro *Rubén Darío, su Vida y su Obra*, que acaba de aparecer).



Rubén Darío, a los 29 años

(Dibujo de Schiaffino)

Antes de terminar un año en situación tan extraña, «para no tener que hacer las de cierto ministro turco a quien los acreedores sitiaban en su casa de la villa y corte»⁽¹⁾ nuestro poeta diplomático lo abandonó todo: Legación, casa particular, muebles, hasta el excelente retrato suyo pintado por Téllez, y, con lo encapillado, escapó solo a París. La primera visita que hizo fué a mi departamento de la rue Le Verrier. Sabía bien que yo, no solamente le admiraba, sino que también le respetaba y le quería, y él, como el pobre Verlaine, sentía la necesidad de que le estimaran. Como no me encontrara, me mandó buscar al día siguiente con cierto vejete mallorquí, director de un pequeño periódico que vivía de *oportunidades*. ¡Qué extraño cuadro se ofreció a mi vista al penetrar en el cuarto donde se hospedaba, en un hotel cercano de la plaza de la República! El poeta, en fantástico traje interior, pijama cereza a grandes flores blancas, desastrosamente ebrio, se erguía, vaso en mano, entre dos abuelos melenudos, hundidos en sendas butacas y como apoyados en sus barbas semíticas. Habríasele creído un Mesías nipón, en el templo, ante los doctores de la ley. Sólo que aquellos era un viejo periodista español que había corrido por América y un maestro de escuela francés que hacía traducciones del castellano a precios usurarios. No pudiendo entenderme con mi excelente amigo, que desvariaba, yo me escabullí. Este gran poeta, que huía de las gentes hasta cerrar su puerta a sus admiradores sinceros, se dejaba rodear fácilmente por los escritoruelos o por los parásitos de las letras, que lo explotaban literaria o materialmente. Igual cosa había hecho en Madrid, al llegar de la Argentina, y Valle Inclán me contó que una noche él lo había librado de que lo despojaran de una buena cantidad que llevaba en el bolsillo.

Pocos días después, Darío viene a verme, algo sombrío. Había sido víctima esta vez de sus equívocos familiares: cierta cantidad (6.000 francos, creo) que un amigo mejicano, con quien viniera de Madrid le había regalado, había desaparecido de su billetera. El pobre poeta no me dijo nada. (Yo supe la historia mucho después, y entonces recordé que aquel vejete mallorquí se quedaba con la vuelta al ejecutar los encargos que Darío le hacía). Deseaba habitar cerca de mi casa, y venía a buscar un departamento alrededor de la avenida del Observatorio, este delicioso rincón de Versailles, incrustado en pleno París. Pronto encontramos uno excelente, en unos bajos de la rue Helder, número 4, y, contentos del hallazgo, cenamos aquella noche en el Café de la Paix, rumboamente.

¡Cuál no fué, pues, mi sorpresa cuando al día siguiente Darío me dijo que no contaba más que con mil francos para instalarse! Nos lanzamos al boulevard Sebastopol, y allí conseguimos adquirir los muebles indispensables, sin omitir un saloncito *laqué blanc*. Como Francisca Sánchez llegara entonces de España con su hijito y su hermana, nuestro poeta

se instaló tan bien que mal sin dilación.

Desde entonces (abril de 1919) nos vimos continuamente hasta que yo partí de viaje a mi país, en agosto de 1911. Por las tardes o por las noches, después de la cotidiana labor, iba yo a visitarlo y pasábamos horas charlando de la actualidad literaria, de nuestros propios trabajos, de América: de su literatura y, sobre todo, de su política continental. Delicado de salud, profundamente neurasténico, nuestro poeta hacía estricta vida de interior, pasando meses sin salir, en tanto que amargado, nervioso por tanta tribulación, se mostraba a veces intransigente en sus opiniones y caprichoso como un niño. Tornado fanático de la corrección, bastábale un rima que le sonara falsa o una palabra que le pareciera incorrecta para condenar una obra sin apelación. Una vez que le mostré unas cuartillas, me dijo que las palabras *blondo* y *fabla* (en el sentido de *fábula*) no eran castellanas, y, como yo tomé el Diccionario y empecé a leer los artículos correspondientes, dejó la habitación para no oírme. De otra parte, atormentado por sus continuos temores del más allá, hacía ostentación de una religiosidad exaltada y algo exterior. Mientras hablábamos, solía fijar los ojos en un crucifijo, regalo de Nervo, que tenía a la cabecera de la cama, y cuando yo, que atravesaba una fugaz crisis de escepticismo, sonreía de sus exaltaciones, exclamaba mirándome severamente: «¡Las aristocracias son siempre religiosas!» Empero, algunos días estaba sereno y de buen humor. Ironizaba finamente a propósito de ciertos personajes que se picaban de literatura, y, revelando al fauno que en él había, hablaba de cosas galantes mas nunca groseras, sonriendo o riendo sin ruido, según su costumbre.

Acompañado por Ricardo Rojas, que andaba por Europa, nuestro poeta estuvo

aquel verano en la costa de Bretaña, en la villa de «un conde ocultista y endemoniado, que tenía la cara de Mefistófeles»⁽¹⁾: el conde Austin de Crose. (Hé conocido después a de Crose, y puedo decir que conserva recuerdos muy finos de Darío). Visitó entonces con su huésped al poeta Saint Paul-Roux, que moraba cerca, en la mansión de Boultroum, mas al volver a París, reanudó su existencia de reclusión y recogimiento. En tan singular existencia, trabajaba continuamente: escribía sus artículos con gran cuidado, sin apresurarse, hacía a veces versos, y leía sin reposo, leía libros, revistas, periódicos, castellanos y extranjeros, que lo tenían siempre al corriente de la actualidad literaria mundial. Estaba lejos, sin embargo, de ser un bibliófilo. No conservaba los libros, ni siquiera los de él mismo, como no guardaba los recortes de todo lo que publicaba. Cuando partió de la Argentina, en 1898, no llevaba un ejemplar de *Los Raros* ni de *Prosas Profanas*, que acababan de aparecer, y, cuando formó esta colección, no pudo incluir ciertos poemas, como *El clavicordio de la Abuela* y *Tutecotzimí*, que debían haber entrado en ella, porque no los conservaba. Un ejemplar de *Abrejos* que yo le di, cediendo a sus instancias, lo entregó a Andrés González Blanco para componer sus *Páginas Escogidas*, y, naturalmente no pudo recuperarlo. Este gran poeta no era un escritor que se complacía en rodearse de los elementos de su labor, era un periodista que se documenta al pasar y sigue su camino, libre de bagaje literario. Las veces que abandonó su departamento con sus muebles, en cambio del arriendo que debía, ni pensó siquiera en sacar sus libros.

Ciertos días, en que estaba tranquilo, me mostraba sus poemas nuevos y aun sus artículos. Una noche que lo encontré recogido, me leyó en cama, vibrante aún del placer de la creación, su *Canto a la Argentina* cuyo último verso acababa de escribir. «Imitarán esto también», me dijo algo azorado. «Sin duda», le contesté riendo, y no me equivocaba. Comunmente, hablaba poco y se expresaba con cierta dificultad, en frases rápidas, imprecisas, que acentuaba de oportunos «cara...» con la *j* aspirada de los centroamericanos y que animaba con la expresión de la boca y de los ojos. Una vez que charlábamos acerca de los viejos maestros españoles, como yo, en la intransigencia de la juventud, hablaba despectivamente de uno, me replicó en tono respetuoso, bien que con ambigua sonrisa: «No, ese tenía su cosa». Y como criticaba a otro menos famoso: «No, ese tenía también su cosa». Y como censuraba a otro inferior: «También tenía su cosa». Y de allí no salió. Pero cuando cedía a la tentación del demonio del alcohol, su palabra se hacía fácil y hasta elocuente. Como transformado, me refería entonces numerosas anécdotas de su infancia y de su juventud errante, que recogería luego en su autobiografía, evocando particularmente los días de lucha y de ilusión que vi-

(1) De la vida de Rubén Darío, contada por él mismo, pág. 272.

(1) De la vida de... p. 249.

viera en Chile. Me contaba las penurias que pasara a causa de su escasez de recursos y de la incompreensión de ciertos personajes para quienes hacer versos era cosa no seria. Me hablaba con afectuoso entusiasmo de los que fueron sus verdaderos amigos: Pedro Balmaceda, Poirier, Manuel Rodríguez Mendoza, sin olvidar al doctor Galleguillos. Me refería cosas sabrosísimas de dos escritores ridículamente ingenuos: Pedro Pablo Figueroa y Carlos Letrop. Todo ello sin sombra de amargura o resentimiento. Cuando yo lo conocí estaba muy agraviado con los escritores chilenos, porque, a causa de un artículo ⁽¹⁾ en que trataba de la poesía de Chile con cierta rigidez y de la dedicatoria de su *Marcha Triunfal* al ejército de la Argentina, en circunstancia en que estos dos países se hallaban a punto de reñir, algunos chilenos lo habían atacado torpemente: Eduardo de la Barra le había dedicado un epigrama hiriente y una parodia extravagante de su precioso soneto *A Francia*. Pero la sincera adhesión que yo le mostrara y el artículo de *Zig-Zag*, en que lo defendiera, habían borrado en su espíritu todo resentimiento. Del único chileno de quien se expresaba aún con encono, era del millonario Federico Varela, a quien dedicara *Azul...* y quien ni siquiera se dignara contestarle. «Es necesario que me conozca bien», me decía, interrumpiéndose de tiempo en tiempo. «Usted ha de escribir alguna vez sobre mí.»

Entusiasmado por los recuerdos y por los continuos sorbos de whisky, que bebía devolviendo una parte por el colmillo, solía dictarme versos en que trataba de mil cosas chilenas, empleando el nombre de la capital de Chile como rima o llenando un exasílabo con mi propio nombre:

A veces, cuando me enveneno o me embriago, me acuerdo de Santiago...

¿Por qué no me apropié de esas truculentas improvisaciones que debían perderse y en las cuales, entre mucha hoja loca, había más de una linda flor?

Empero, cuando la crisis del alcoholismo se declaraba, el pobre poeta se volvía más adusto que de costumbre y tan inquieto que no lograba permanecer cinco minutos en el mismo sitio. Su salud se resentía, y no podía ya dormir ni alimentarse suficientemente. Su carácter se alteraba y por la menor cosa regañaba a su buena amiga o insultaba a la criada, una enana medio tonta, que trajera de España. Francisca y María lo cuidaban entonces día y noche, cual a un niño enfermo y caprichoso, y como tenían que sufrir las consecuencias de su estado de exasperación, hacían lo posible por retenerme en su casa. Pero yo, que no podía ver tales calamidades, me escabullía acongojado. En fin el pobre dipsómano caía en cama, y, asistido por algún médico amigo, pasaba largos días postrado, presa del delirio, en la más completa impotencia, y, a veces, entre la vida y la muerte. ¡Ah, el terrible demonio! El gran poeta no debía a su

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades

excitación sus obras geniales, como, se ha dicho, sino solamente breves días de animación morbosa, y muchos de desesperación, de pesadillas y de enfermedad. Había tenido «delirium tremens», y si no estaba aún impotente, sólo de tiempo en tiempo, su virilidad se despertaba, lo cual era visible en ciertas miradas que solía dirigir a la joven María. Los médicos le habían dicho, más de una vez, que el alcohol acabaría con su robusta naturaleza. El lo comprendía y luchaba desesperadamente contra la tentación. Fuí yo testigo de sus rebeliones y sus propósitos de enmienda, y, en más de una ocasión, lo ví pasar meses en la más estricta abstinencia. Pero llegaban las contrariedades y los apremios consecuentes a su situación precaria y a su temperamento desordenado, y volvía a su «paraíso artificial» como a un refugio libertador.

Poco antes, Castelar y Valera recibían sumas enormes por sus trabajos, mas Rubén Darío, que era ahora el primer escritor en el dominio de la lengua, no ganaba con su labor incesante sino lo indispensable para vivir. Las publicaciones en que escribía le pagaban poco o irregularmente; los editores le daban una miseria o nada; *La Nación*, de Buenos Aires, que desde hacía veinte años lo contaba entre sus colaboradores, le pagaba 600 francos por tres artículos mensuales; *El Figaro*, de la Habana le enviaba sus modestos honorarios con irritante tardanza; los editores de París le daban 200 francos por sus libros famosos, y uno de Madrid no le envió nunca un céntimo. Por otra parte, este gran poeta, que era un hombre íntegro, se veía continuamente atacado, escarnecido, ridiculizado. En su juventud, un crítico de su país, Enrique de Guzmán lo había hostilizado sin reposo, y, al correrse la falsa noticia de su muerte, cierto clérigo panameño había escrito que con ello las letras no perdían gran cosa. Luego sus discípulos y sus amigos, que le debían tanto, lo agobiaban con sus exigencias o con sus insolentes murmuraciones: todos se creían con derecho a un prólogo suyo, y Miguel de Unamuno, después de atacarlo en su prefacio a las *Poesías* de J. A. Silva, osó decir que a tan fino artista se le veían «las plumas bajo el sombrero» ⁽¹⁾. No obstante, este hombre siempre urgido, gastaba en sus caprichos rumbosamente, si bien, como todo pobre manirroto, mostraba en ocasiones una

sordidez que hacía sonreír, y este escritor tan combatido arrojaba flores a sus enemigos prestigiosos o les dirigía cartas, como la que escribió a Unamuno, en que las quejas iban envueltas en elogios. Su vida era, pues un tormento: material y moral, continuado, y ello explica, si no justifica, su dipsomanía.

Cuando las crisis alcohólicas pasaban, nuestro poeta reanudaba su vida de labor y de lecturas, y yo volvía a visitarlo seguidamente. Cada día más anemado, salía menos cada día y se obstinaba en no acercarse a los escritores franceses que eran sus amigos reconocidos. ¡Qué no hacía yo para decidirlo a visitar a Remy de Gourmont, quien me había dicho que deseaba publicar, en las ediciones del *Mercurio de France*, un volumen de *Pages choisies* de su obra, o para persuadirle a venir conmigo al salón de Rachilde, quien me había manifestado vivos deseos de conocerlo! Esto no quiere decir que nuestro poeta viviera aislado. A su retiro venían a verlo de continuo los escritores americanos o españoles que pasaban por París. Hoy, era Américo Lugo o Fabio Fiallo; mañana, Fernández Guardia o Max Grillo; pasado, Enrique Díez-Canedo o el amable doctor Luis Debayle. Visitábalo también y a menudo, la amiga íntima de Remy de Gourmont: madame de Courrière, mujer algo fantástica, pero muy espiritual, que tuvo señalado papel entre los campeones del simbolismo. Y no faltaban, por cierto, algunos jóvenes americanos que residían entonces en París: E. Carrasquilla Mallarino, Alejandro Sux, R. Pérez Alfonseca. Solía venir también un escultor español que hizo un busto de Darío y cuyo nombre no recuerdo. Así, nuestras charlas eran a veces bastante animadas. Francisca Sánchez no terciaba jamás en ellas y ni siquiera se mostraba. En cambio, su hijito estaba de continuo entre nosotros, con su aire algo triste, pero despierto y lleno de la gracia de la infancia. Darío sentía por él intenso cariño, que si no se manifestaba en gestos ni en palabras, se hacía ver en las miradas mojadas de ternura que le dirigía.

La conversación giraba particularmente sobre la política continental de América. La actitud de los Estados Unidos, enfrente a nuestros países, nos preocupaba, y Darío se alarmaba del giro que tal actitud empezaba a tomar con respecto a su patria. La revolución, encabezada por el traidor Estrada, había estallado allí, y el presidente Zelaya había renunciado el Poder a fin de evitar la intervención yanqui ⁽¹⁾. El doctor José Madriz, hombre probo y respetado, gobernaba ahora el país. Poco después, a principios de 1910, Zelaya llegó a París y un día lo encontré yo en casa de Darío. Malicioso y socarrón, no parecía muy afectado. Como yo le preguntara por qué no había adoptado actitud más resuelta ante las exigencias de los Estados Unidos: «¡Oh!, exclamó, ¿quién se atreve a tocarle el cascabel al león?...»

(1) Artículo consagrado a los primeros tomos de la *Antología de Poetas americanos*, por Menéndez y Pelayo.

(1) Véase: «Hay que ser justo y bueno, Rubén», por M. de Unamuno, *La Ofrenda de España a Rubén Darío*.

(1) Creo que hay que usar esta palabra y no americano, inexacta. Tal palabra no envuelve significación despectiva. Hubo en Francia, durante la guerra, una división de Estados Unidos, que se llamaba *Yankee Division*.

Por indicación de Zelaya, Darío escribió entonces un artículo a propósito de las conferencias sensacionales que T. Roosevelt acababa de dar en la Sorbona, artículo pimentado de fina ironía, en el cual deploraba la intromisión de Washington en los asuntos internos de Nicaragua. Pero no encontraba donde publicarlo ⁽¹⁾. Yo se lo pedí y lo llevé a *Paris Journal*, que era el periódico literario del instante. Tenía allí un amigo, Georges Le Cardonnel, pero preferí hablar con Charles Morice, que era el director literario. Aunque estaba, como de costumbre algo alcoholizado, y aunque me dijo que no recordaba haber conocido a Rubén Darío, Morice aceptó el artículo. El regocijo de nuestro poeta, al ver publicadas aquellas páginas y al recibir los cincuenta francos que me habían pagado, no tuvo límites. La estimación que me dispensaba se duplicó entonces de una confianza en mí absoluta. Deseando procurarse algún dinerillo, formó con sus últimos artículos un volumen al cual dió el título de *Letras*, y me lo entregó para que le pusiera, como introducción, un estudio sobre su obra, y lo colocara en seguida en la casa Garnier. «Quíerame, me dijo, quíerame bien y escriba después». Yo, que conocía su susceptibilidad infantil, decliné tal honor pretestando falta de tiempo, mas llevé inmediatamente el manuscrito a Auguste Garnier. Por desgracia, éste no quiso darme más que doscientos francos en cambio del derecho de propiedad, de modo que me retiré indignado y devolví a Darío el manuscrito. No obstante, al día siguiente el pobre poeta, que estaba necesitado, envió a su amiga a ajustar aquel famoso negocio. Darío, que había encontrado entre los escritores tanto amigo desleal, estimaba en mí la sinceridad y el respeto que hacía él mostraba. A causa de mi carácter y de mi costumbre de vestir de negro, solía llamarme: «Personaje del Greco», y con tal nombre me saludaba, a veces, cuando llegaba a su casa.

Todo esto no quiere decir que mis relaciones con el maestro no sufrieran alteración. Este gran poeta era lo que los franceses llaman un «hombre difícil»; su temperamento de niño nervioso lo tornaba a menudo veleidoso, inconsecuente, y la manía de la corrección, de que entonces sufría, lo hacía a veces injusto. Yo no soy del todo «fácil»: mi terrible espontaneidad me vuelve por momentos insoportable, y la juventud me hacía, en aquel tiempo, esclavo de la vanidad. Más de una vez, pues, por algo o nada, nos separamos resentidos. Pero en cuanto el azar de la vida volvía a acercarnos sencillamente sin explicaciones reanudábamos nuestra buena amistad y, con ella, nuestras reuniones y nuestras charlas. ¡Oh, esas horas de comunión mental y de sincera expansión! En ellas encontré yo el estímulo tan benéfico, tan necesario a todo joven que lucha en las letras y en tierra extranjera. Cada vez

que tenía algún éxito, el buen maestro no me escatimaba las felicitaciones, y siempre lo hallé dispuesto a darme consejos oportunos y a secundarme en cuanto podía. Deseando que el gobierno de mi país me tomara en cuenta, hízome dedicar uno de mis libros a cierto diplomático chileno muy influyente, que presumía de escritor, sin suponer, por cierto, que aquel sacrificio no debía servirme para nada. Luego consagró dos artículos a mi labor: uno, en *La Nación*, de Buenos Aires; otro, en *El Figaro*, de la Habana, y escribió un prefacio para mi libro *La Piedad Sentimental*. «Todo al vuelo» (el pobre poeta estaba entonces muy fatigado de cuerpo y de espíritu), pero ¡con cuánta oportunidad y buena intención! ¿No me deseaba en aquel prefacio triunfo completo y, «sobre todo», en mi «tierra»? ¡Ay, mi excelente amigo no conocía a mis compatriotas, a pesar de haber vivido entre ellos...! No obtuvo para mí la sección «Lettres Hispano-américaines» en el *Mercure de France*, como se ha creído (fué Remy de Gourmont, quien a poco de recibir mi libro *Los Modernos* ⁽¹⁾, me llamó espontáneamente para encomendármela), pero ¡cuánto se alegró al saber la noticia y con cuánta efusión me felicitó! ¡Cómo iba a figurarse que aquel puesto debía atraerme la animosidad de ciertos compañeros, que desde entonces me hostilizarían! En fin, poco antes de que yo partiera en viaje a mi país, me regaló una reproducción, hoy

rarísima, de su excelente retrato al óleo por Juan Téllez, con el autógrafo más curioso, pues habiendo empezado a escribirlo por distracción en francés, lo terminó en castellano; él adorna, desde aquel tiempo, mi cuarto de trabajo. Y no hablo de las bellas cartas que en diversas ocasiones me dirigió y que todavía no han sido publicadas. Rubén Darío fué, pues, para mí, no solamente un maestro propicio, sino también el mejor de los amigos. Yo correspondía sus amabilidades como podía. Procuraba aliviarlo en sus angustias, distraerlo en su retiro, hablándole de la vida literaria francesa a que estaba mezclado: de ciertos maestros, como Rachile y Sebastien-Charles Leconte, cuyos salones frecuentaba, de Paul Fort y sus reuniones de la *Closerie des Lilas*, a las cuales asistía; de algunos jóvenes, como Jules Romain, Marinetti, Guillaume Apollinaire, Francis Carco, Guy Charles Cros, que eran mis amigos. Trataba, además, de apartarlo de su vicio fatal y de ciertos halagos que solían venir a tentarlo. Como un día me dijera, entre contento y sorprendido, que el César de México, Porfirio Díaz, le había acordado una subvención, le declaré que aquello me parecía una celada. Comprendía que su artículo de *Paris-Journal* había producido alarma y que deseaban hacerlo callar. Así se lo dije y le aconsejé que no aceptara. Pero el pobre poeta, siempre urgido, no me oyó.

Francisco Contreras

(Envío del autor. París, 1930.)

Un decreto y una declaración del Dr. Palacios

Señor J. García Monge.

Mi distinguido amigo:

Me complace en enviarle un recorte de *La Nación* donde aparece el decreto que dicté, en mi carácter de Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, el día antes del estallido revolucionario. Vá, también, copia de mi resolución del 7 de setiembre, ya constituido el gobierno provisorio. Después de esa declaración quedé solo y por eso renuncié mi cargo de Decano. He cumplido con mi deber.

Le estrecha cordialmente la mano su amigo afmo. y SS.

Alfredo L. Palacios

Buenos Aires, setiembre 12-1930.

El decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, doctor Alfredo L. Palacios, dictó el viernes la siguiente resolución:

El decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires resuelve: 1.º Apelar al sentimiento nacionalista de los hombres que ejercen las funciones de los poderes constituidos para que en un plazo perentorio, deponiendo toda obstinación, ejecuten el mandato expreso de la juventud y eviten de esta manera a nuestro país el advenimiento de sucesos desdorados cuyos efectos serían irreparables; 2.º asumiendo como propio el imperativo enunciado en forma indeclinable por la conciencia juvenil de exigir la renuncia del presidente de la Nación,

(1) Conservo la carta que Gourmont me dirigió entonces.

Sr. Hipólito Yrigoyen, y la inmediata restauración de los procedimientos democráticos, dentro de las normas constitucionales; 3.º designar una delegación estudiantil para que haga entrega al presidente de la presente resolución y recabe su renuncia.

El Dr. Palacios funda su resolución en los siguientes considerandos:

Que una escuela del derecho no puede circunscribirse, en la actualidad, y sobre todo en nuestro país, a transmitir el conocimiento de las doctrinas jurídicas, sino que tiene también la misión de orientar el criterio de la juventud y ejemplarizar, con la conducta de sus maestros, interpretando el sentido de la justicia en las relaciones colectivas y determinando así la creación de nuevas normas; que ese deber primordial se torna ineluctable en momentos como el que hoy afronta nuestro país en los cuales se acentúa la demarcación de dos generaciones cuyo ritmo y horizonte son diversos; representada la una por los hombres que detentan el poder político y la otra por la juventud, aportadora de un nuevo sentido a la conciencia pública; en momentos en que los jóvenes se sienten impedidos, aun con riesgo de la vida, a imponer el criterio latente en el país, asumiendo la responsabilidad en los destinos nacionales. Que en las circunstancias enunciadas el silencio o la pasividad de este decanato defraudaría las conciencias juveniles y no lograría sino concurrir al desbordamiento de pasiones, tanto

(1) El 14 de mayo (1910) Zelaya le escribía de Bruselas: «El artículo escrito por usted sobre Roosevelt debe ser brillante y le ruego me mande una copia, si no tuviera inconveniente, para saborearlo y resolverme a vender los pantalones para que se publique.» *Epistolario*, I, p. 193.

más perniciosas en sus efectos desorbitados, cuanto más generosas, provocando consecuencias cuyo alcance no es posible limitar ni precaver. Que los deplorables hechos ocurridos, inmoladores de vidas inocentes, no son más que el índice revelador de la tensión juvenil y de lo vano y suicida que resultará el empeño de contrariar o de torcer ese impulso irreprimible, concretado por la juventud universitaria en el repudio absoluto a la tendencia absorbente y autocrática del Poder Ejecutivo y a la pretensión de establecer un género cualquiera de dictadura o de poder militar. Que los altos destinos nacionales, sobre los cuales hoy se concentran la ansiedad y la esperanza de la América latina, han encontrado su intérprete y vigía en las consecuencias insobornables e irreductibles de la juventud estudiantil; y debe ésta en consecuencia imponer acatamiento a los hombres dirigentes de las generaciones declinantes, estimulando en ellos la abnegación patriótica.

Subscriben esta resolución, juntamente con el Dr. Palacios, los consejeros estudiantiles de la Facultad de Derecho Drs. Julio V. González y Carlos Sánchez Viamonte, como secretarios ad hoc.

(La Nación. Buenos Aires)

Setiembre 7 de 1930.

CONSIDERANDO:

Que este Decanato en la resolución del viernes 5 asumió como propio el imperativo enunciado, en forma indeclinable por la conciencia juvenil, de exigir la renuncia del Presidente de la República y la inmediata restauración de los procedimientos democráticos dentro de las normas constitucionales;

Que la juventud universitaria en la asamblea realizada ayer en la Facultad de Medicina, ante la noticia de que las fuerzas armadas de la Nación se aprestaban a revocar el régimen imperante repudiado por el pueblo de la República, interpretó esa medida de fuerza como medio para lograr los fines del movimiento civil y declaró que las fuerzas armadas deberían reintegrarse al ejercicio de su única misión señalada por la ley, inmediatamente después de entregar la función del gobierno a las autoridades constitucionales con el fin de convocar enseguida a comicios libres y restaurar así el funcionamiento normal de las instituciones republicanas;

Que, en cambio, el gobierno ha sido sustituido por una Junta emanada del Ejército, lo que perturba la vida institucional de nuestro país llamado a ser modelo y ejemplo en América por su índole civil y su inquebrantable fe en la democracia cuyo amplio y libre ejercicio debe contener en sí los resortes necesarios para corregir sus propias imperfecciones;

Que en la juventud existe un impulso irreprimible concretado en el repudio absoluto de la tendencia absorbente y autocrática de todo gobierno y especialmente de cualquier género de dictadura.

POR TANTO:

El Decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, cumpliendo su pro-

mesa hecha a los alumnos de la Casa de Estudios que dirige.

RESUELVE:

1.º—*Expresar que sería contrario a la Constitución y al espíritu democrático que la inspira, reconocer una Junta de gobierno impuesta por el ejército y cuya misión el pueblo creyó que consistiría sólo en la entrega de las funciones de gobierno a las autoridades constitucionales.*

2.º—Que es un anhelo ferviente y patriótico el retorno a la normalidad institucional que ha de permitir el desenvolvimiento de nuestro país dentro de

la democracia, a cuyo efecto debe entregarse el poder al funcionario que constitucionalmente corresponda para que convoque inmediatamente a elecciones.

3.º—Comuníquese a la Universidad, y publíquese.

(f.) *Alfredo L. Palacios*

Secretario ad-hoc: Consejero Mariano G. Calvento (h.) Presidente del Centro Estudiantes de Derecho, D. Jorge C. May Zubiría.

Se adhirieron espontáneamente a estas declaraciones el Consejero doctor Jorge de la Torre y los profesores doctores José Peco y Antonio Cammarota.

Bibliografía titular

(Registro, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

Otros libros:

El tomo IV de los *Documentos* referentes al Proyecto de Ley del Petróleo presentado por el Gobierno al Congreso Nacional en las sesiones de 1929, Bogotá. Imp. Nacional. 1930.

En la serie Biblioteca del *Boletín de Urnas y Petróleos*:

Memoria del Ministro de Educación Nacional al Congreso de 1930. Imp. Nacional. 1930. Bogotá.

De la Editorial LE LIVRE LIBRE:

Antonio Aalvarez Lleras: *Ayer, nada más...* París. 1930.

Dedicatoria: A Eduardo Santos, como testimonio de admiración y en prenda de nuestra sincera amistad.

De nuestra muy apreciada Emilia Bernal, en Barcelona:

Joaquín Folguera. *Poesías*. Prólogo y versiones de Emilia Bernal. Presentación de Alfonso Maseras. Barcelona. Ediciones ARIEL, 1930.

De la Dirección General de Educación Primaria. Sección de Publicaciones. Santiago de Chile. (Delicias N.º 264):

Asamblea Nacional de Directores provinciales e inspectores escolares. I. Organización de la Asamblea y resumen de sus sesiones. Santiago de Chile. 1930.

Del Instituto de Literatura Argentina (Reconquista, 575, Buenos Aires):

Memorias de un botón de rosa, por Bartolomé Mitre. Sección de Documentos. Serie 4.ª Novela Tomo I. N.º 9 Buenos Aires. 1930.

Envío de la CASA DE MONTALVO (Biblioteca de Autores Nacionales) Ambato, Ecuador, S. A.: *La vida y la obra de Manuel J. Calle*, por O. E. Reyes. Quito. 1930.

Cuaderno I de la serie Los Grandes Escritores de América Latina.

Leemos con cuidado el libro de R. Wilbrandt (Editorial CENIT. Madrid) ¡Cuántas cosas buenas contiene este libro! En la pag. 14 dice Marx:

... Consecuencia obligada de la ley natural que rige el trabajo humano es que el hombre que no posea más patrimonio que sus energías de trabajo tiene por fuerza que ser, bajo cualquier estado social y de cultura, esclavo de los que han sabido apro-

piarse las condiciones materiales para su desarrollo y ha de contar con su permiso para trabajar y, por tanto, para vivir.

De Marx y sus estudios dice R. Wilbrandt, en su libro *Carlos Marx*, cosas ejemplares:

Marx vive venturosamente sus primeros años. Sentía por su padre un singular afecto; leían juntos a Voltaire y a Racine y discutían de temas de Filosofía, Religión, e Historia. Así va tomando arraigo en él la afición a la Filosofía, que habrá de ocupar el primer lugar entre sus estudios favoritos.

El barón⁽¹⁾ educaba a sus hijos en la lectura de Homero, Cervantes y Shakespeare, y el fué quien avivó en Marx la devoción por la poesía, como su padre por la Filosofía. Marx guarda durante toda su vida la admiración por Goethe, Lessing, Shakespeare, Cervantes y el Dante.

Como planta que extiende su raigambre en todas direcciones buscando alimento, Marx estudiaba de un modo inaudito, meditaba y producía, impulsado por una necesidad innata de producir, aunque los frutos no brotasen todavía al exterior. Una carta suya, publicada en la revista *Neue Zeit*, de 2 de octubre de 1897, revela bien su carácter en estos años estudiantiles. Aparte de sus copiosas lecturas jurídicas, cuyo provecho habrá de recoger más tarde, se entrega febrilmente al estudio de las Matemáticas superiores, de la Historia y la Literatura, traduce inglés e italiano, lee latín, llena cuadernos de poesías, esboza dramas y hasta piensa en hacerse dramaturgo.

A los cincuenta años, Marx aprende el ruso para poder informarse directamente de revelaciones de aquel país no propagadas: lee todos los idiomas europeos, escribe el francés y el inglés con la misma soltura que su alemán nativo, y es en todas las literaturas un literato y un erudito de primera fuerza. Y su cultura, inmensa en todos los campos, es soberano dominio en la historia de la Economía y de las doctrinas de los economistas clásicos.

En *Juventud, egolatría*, delicioso libro de descaradas confesiones, dice⁽²⁾ que tuvo una pa-

(1) El barón de Wesfalia.

(2) Pío Baroja.

nadería durante seis años antes de empezar a escribir, y no hace mucho que la dejó.—*John Dos Passos*.

Leemos con sumo interés el último libro de Leopoldo Lugones, *La grande Argentina*.

En la página 33 nos hallamos estas líneas para hacer pensar:

El horror al aprendizaje de memoria, casi ha proscrito de la enseñanza tan eminente facultad. Mas, la propia naturaleza indica con su predominio sobre la mente infantil, que la enseñanza elemental tiene que basarse en ella. El racionalismo prematuro es causa de indisciplina. De tal modo, los chicos resultan por lo general vivaces y revoltosos, pero inconscientes. Es la impotencia correspondiente a la precocidad».

—¿Y usted por qué dijo ahora *amagamiento*, don Luciano? ¿Eso sí es de recibo?

—Es palabra que usa el bogotano don José de Oviedo y Baños en su *Historia de Venezuela*, libro escrito por pluma muy castiza.—*Marco Fidel Suarez*.

(*Sueños de Luciano Pulgar*. Tomo III)

Paseábamos junto al mar; al regresar yo a casa, cogí el libro de Miró⁽¹⁾ *Años y leguas* y comencé a leerlo; lo leía por tercera o cuarta vez; sentía una honda emoción al principiar ahora esta lectura.

...y fui adentrándome en el libro. Lo leía con un profundo placer; confirmaba mi juicio de que *Años y leguas* es una obra capital en la literatura española moderna.—*Azorín*.

(¹) Gabriel Miró.

Doña Blanca de los Ríos...

(Viene de la página 248.)

Después de este caso de doña Blanca de los Ríos rectificando las vidas de Fray Gabriel Tellez, ya puede un escritor encargarle, no en broma, a una mujer que le defienda los huesos de la obra: habrá precedente bastante válido.

Puestas en capas geológicas la racista, la bibliógrafa, la periodista, (además de la contadora y la poetisa que no tengo tiempo de comentar) abajo aparece nutriendo a todas, la última que bien puede ser la mejor: la gran señora de España.

Sube a los tres primeros oficios mentados una buena sangre de señorío. (Dicen que está de más eso de tener o no buena sangre para un escritor. No es verdad, por lo menos para un crítico. Bastantes entre ellos hacen mal su oficio a causa de que cargan con una lastimosa). En cuanto a señora, doña Blanca de los Ríos ha sido generosa hacia la pobre América nues-

tra, que muchos costurones feos lleva en el cuerpo y que ella bien le conoce; en cuanto a señora enderezó la rama jibada de la obra de Tirso; en cuanto a señora igualmente ha sido teresiana, comentadora de la santa que, por pereza de las mujeres, cuenta más entendedores que entendedoras en el ruedo de su elogio.

Bueno será que un obrero de vitral la mire antes de que se nos muera. Un día, de estos mismos días nuestros, pedirán para una biblioteca española una roseta con sus facciones. Son bastantes ya los Felipes, los Conde-Duques y los Méndez Nuñez. Puede colocarse sin ningún miedo de caer en exceso, en cualquier sala oficial de libros, una Rosalía, una doña Concepción, una doña Blanca, una Sor Juana⁽¹⁾. Entonces, obrero de vidrio, saberse el ojo tierno-agudo que he dicho y la manita obradora, y dibujar la figura de Menina bibliófila sin malograrle nada en la yema de su gracia.

G a b r i e l a M i s t r a l

París, abril de 1929.

Estampas

Bandidos?... Un término acomodaticio

= Colaboración directa =

Leíamos en el año 1927, en *Repertorio Americano*, un artículo revelador. Eran las experiencias del «Mayor William S. Brooks, del Servicio Aéreo Militar saxoamericano en Nicaragua.» El aviador Brooks cada vez que levantaba el vuelo en territorio nicaraguense llevaba como único destino, implacable, sanguinario la destrucción de liberales. El Gobierno norteamericano sostenía a los conservadores en el Gobierno de Nicaragua y como consecuencia, los del otro partido histórico ocupaban el puesto destinado a los «bandidos». Brooks desde su nave quería penetrar todo lo que en la tierra pudiera ser refugio del cabecilla de los rebeldes, del señor Moncada, favorito ahora de la marinería yanqui. Sus vuelos no tenían majestad si no cubrían todos los espacios desde los cuales era posible arrojar bombas destructoras. Moncada tenía que morder el polvo de su rebeldía. Para eso el Servicio

Aéreo Militar de los Estados Unidos había destacado a un lanza bombas de la capacidad y destreza del Mayor Brooks. A los «bandidos» es urgente darles un trato severo y cruel, para que, si simulan su «bandolerismo», capitulen, si lo tienen metido dentro del torrente circulatorio, mueran. Animado de estos pareceres recorría de un lado para otro el fiero aviador yanqui los espacios tranquilos que el nicaraguense mira para distraer su melancolía o entretener su indolencia... Los informes le decían que sobre las alturas de Tierra Azul, en una choza o casa acampaba el «bandido» del momento, y sobre aquellos montes pasaba Brooks en su máquina satánica. Las bombas destruían construcción y árboles y el Mayor yanqui se retiraba contrariado por la columna de polvo que, al dispersarse, no ofrecía

(¹) Españolísima, la monja mexicana, españolísima.

un reguero de cadáveres de liberales. «Aparentemente—comenta el Mayor—el General Moncada no había estado en su casa».

La persecución seguía día tras día con la misma implacable y fría dureza. A veces el Mayor se complacía con dejar caer bombas «sobre sencillos labradores conservadores». Desde el aire le era difícil a menudo distinguir los «bandidos» de los no «bandidos». Además, lo importante era tener un blanco contra el cual su saber se experimentara, porque en cualquier momento los «bandidos» asomaban por entre las copas de los árboles, o por entre los despeñaderos. El Mayor tenía que matar muchos liberales, todos los que el poder satánico de sus bombas fabricadas en Nueva Orleans, abarcara al hacerse añicos contra el suelo. De esta manera los «bandidos» no estorbarían la misión de paz que para la salud y fortaleza de Nicaragua se han echado sobre sus hombros los Gobiernos de los Estados Unidos, de 1910 para acá.

En este juego atroz en que se entretienen los hombres que dan rumbo a la política de expansión del Norte, advierte al instante el observador que no haya podrido su conciencia, una conducta perversa. Los nativos son «bandidos» cuando no están al servicio de los Estados Unidos. El señor Moncada que hace ahora de Presidente de Nicaragua, era «bandido» a quien el Servicio Aéreo Militar yanqui debía fulminar, mientras desobedecía y levantaba la conciencia del nicaraguense avasallado. Pero, una vez que se le sosiega con el engaño del mando, borra su pecado de «bandolerismo» y adquiere categoría honorable. Revela el proceder que al gobernante yanqui no le importa para nada el hombre. En estas tierras debe haber nada más que pobladores sumisos. A esto tiende el trato que se nos da. En Nicaragua, los mismos hombres—no cabe duda de esto—que encendieron su virilidad para hacer como una sola y luminosa tea que levantara el «bandido» Moncada, luchan en diversas formas contra la ocupación norteamericana. Pues unidades rebeldes como éstas no han conquistado categoría honorable. Siguen siendo «bandidos» y se les persigue con igual fiereza, no ya por el Mayor Brooks, sino por el General Douglas C. Mc. Dougal, cetrero afilado del Norte. Se ufana el General de haber salido victorioso de treinta y dos combates, en los cuales murieron «sesenta y seis bandidos» y fueron heridos «cuarenta y dos bandidos» también. Todo en el corto espacio de tres meses.

El ejemplo de Nicaragua es revelador para estas patrias nuestras. Los gobiernos de Norte América no examinan al criollo nada más que por el lado que pueda servir incondicionalmente a ellos. Criollo con asperezas, o se las lima si es que pretende mando y poder, o queda relegado a la categoría infamante de «bandido». El advenimiento de gobiernos nuevos en países de América del Sur, lleva a muchos la esperanza. Juzgan que podrán librarse de las monstruosidades que les dejan las satrapías aniquiladas. Creemos que no hay que ilusionarse. Es cierto que cuando los

Estados Unidos vieron sucederse a la caída del gobierno de Leguía, en el cual ellos mandaban, la caída del gobierno de Irigoyen, en el cual estaban relegados, variaron su teoría de no reconocimiento. Pero en toda esa política no hay sino el cálculo provechoso. Al nativo lo examinan, ya lleve ombligo peruano o argentino, y no lo dejan que cobre poder si no ha de estar con ellos.

Sería interesante, sin presumir erudiciones ni recubrirse del caramelo de que se recubren los llamados «internacionalistas» examinar la conducta de los Estados Unidos con los gobiernos acabados de nacer en el Sur. Si nosotros lo intentáramos, lo haríamos sin abandonar nuestra afirmación de que el Norte no tolera en el Gobierno nada más que al criollo sin asperezas. Toda aspereza retarda la expansión que esa nación viene realizando. El caso del gobierno de Irigoyen es revelador. ¿Qué dice Washington en cuanto tiene la seguridad de que los militares lo han tumbado? Washington se expansiona y da salida a una ira fermentada que venía devorándolo. Su anatema de «bandido» aplicado con tanto placer al nicaragüense rebelde, no podía trasladarlo a la aspereza argentina. El gobierno de Irigoyen resentía profundamente a Washington. Y Washington callaba. Pero caído ese Gobierno los motivos se revelan sin el peligro de romper la vidriosidad internacional.

El *New York Times* hizo recuento de todo lo que Washington resentía de Irigoyen para esperar que viniera un nuevo orden de cosas. No estamos justificando al Gobierno caído, pero sí conviene saber por qué Washington sonó la campana de la victoria junto con los que mandaron a paseo a Irigoyen. Había muchos motivos para el regocijo. Oigamos: «Se ha hecho con frecuencia el cargo de que el Presidente Irigoyen estaba empeñado en una política para combatir todo fin que los Estados Unidos pudieran tener como líderes de las repúblicas del Hemisferio Occidental; de que trató de hacer sentir su campaña particularmente en Europa; de que se empeñó en acabar con cualquier movimiento de parte de los países latinoamericanos tendiente a reconocer a los Estados como factor dominante en actividades que tendieran hacia la cooperación Pan-Americana». Además de esta conducta irreverente, tuvo en su contra el Gobierno de Irigoyen, otros pecados capitales tales como: haber negado su adhesión al Pacto Kellog; haber mostrado irresolución en invitar al Presidente electo Hoover a que visitara la Argentina en su gira de buena voluntad; haberse negado a participar en conferencias Pan-Americanas, una de ellas, la que resolvería la vieja disputa del Chaco, entre Bolivia y Paraguay, de suma importancia; haber negado cooperación a la Pan-American Sanitary Bureau que se interesaba en el exterminio de la peste bubónica; haberse negado a designar un embajador en Washington; haber criticado abiertamente ante la Liga de Naciones, en Madrid, la Doctrina Monroe.

Qué grave error es ponerse en pugna con el Departamento de Estado Norteamericano! La política que él imponga ha de ser acatada sumisamente hasta por naciones de tanto empuje como la Argentina. Irigoyen pudo ser un despota, pero Leguía lo era también, con la diferencia de que éste último estaba entregado a la voluntad del Departamento de Estado. Si no lo sostuvieron fué por la rapidez con que los militares lo derrocaron. Si Leguía hubiera logrado

lanzar el S. O. S. con el mando en la mano, no cae y a estas horas Sánchez Cerro (que los pesimistas auguran que será Sánchez Cero en la redención del Perú) sería calificado de «bandido» y los aviadores de las misiones yanquis volarían complacidos localizándolo para bombardearlo. Pero triunfó y como Irigoyen sucumbió casi en seguida, el Departamento de Estado varió el principio de no reconocimiento y los cubrió con su ala protectora.

Juan del Camino

Límon y octubre del 30.

La América de duelo

La catástrofe de Santo Domingo

Un cordial llamado a la conciencia de los pueblos occidentales

—Envío del autor—

Una de las más espirituales, de las más nobles, de las más hospitalarias de las naciones de la América hispana, se encuentra—y la expresión no es exagerada—en agonía, en la más cruenta de las agonías, luchando en los presentes momentos entre la vida y la muerte, subyugada hoy por elementos ciclópeos de la Naturaleza—tan pródiga para conceder como para arrebatarse—contra los cuales el Hombre, partícula infinitesimal del gran Cosmos, no puede esgrimir ninguna armadura de defensa.

Pueblo hambreado después de la catástrofe, que se arremolina entre escombros y cadáveres queridos, que nada espera de sí porque todo lo ha perdido. Pueblo *suplicado*, tres veces mártir, porque si mártir es un país acribillado y destruido por el Conquistador, (siempre

germina en el vencido brotes de esperanza y de liberación, porque los odios no son eternos y cada individuo es en el fondo de la entraña un hermano en gestación), doblemente, cien veces más lo es aquel pueblo de las Antillas que en unas cuantas horas, de la manera más imprevista y rápida, ha perdido su razón de ser, se ha sumido en las sombras traidoras bajo el peso incontrastable de fuerzas invisibles e invencibles que están más allá del bien y del mal.

Pueblo máximo de rudas lealtades, de arraigadas virtudes cívicas, que conservaba en su vetusta catedral,—la primada de Indias—, preciosamente, venerablemente, el tesoro de las cenizas del viejo Padre atisbador de vuelos de palomas, el Descubridor de un mundo nuevo.

Tierra bañada por el Mar Caribe, que



**El traje hace al caballero
y lo caracteriza**

— y —

La Sastrería

LA COLOMBIANA

**de Francisco A. Gómez Z.
le hace el vestido**

en abonos semanales, mensuales o al contado

Hay un inmenso surtido de
casimires ingleses

Operarios competentes
para la confección de trajes

Haga una visita y se convencerá

Avenida Central, 25 varas al Este del Cometa

San José, C. R.

Teléfono 3283

hizo un culto magnífico, nacional, universal y local al mismo tiempo, de la epopeya del inmortal Navegante. Culto que florece y se renueva, limpiamente, sin ufanías, a través de las generaciones!

Cuando el soldado extranjero holló esta playa con sus escuadras y sus cañones, los guardianes de los restos de Colón resistieron al empuje bárbaro con un arma más peligrosa que los fusiles: el patriotismo *unánime*, integral, de la población. Se violó el suelo, pero no se conquistó el corazón de los ciudadanos. Esta protesta *unánime*, cargadas de mudas amenazas, conmovió a la América entera, a la latinidad, al mundo; sorprendió a los propios enemigos...

Las bayonetas se doblegaron ante una masa de hombres libres que no podían, que no querían ser esclavos. Y la República surgió de nuevo, sin grilletes, sin haber manchado su historia, sin haber ofendido ni con el pensamiento, el recuerdo inmaculado de sus Libertadores.

Pero, ¡ay!, de un manotazo hercúleo, lo que había costado tanta sangre, tantos desvelos, tantos sacrificios, tantos sudores auténticos, tantos heroísmos, se viene de pronto abajo como un castillo de arena, se rompe en cuatro, en mil pedazos, sepultando hogares enteros en sus propias casas, mujeres, niños, ancianos, la juventud! Todo cae, todo se pulveriza al dictado implacable, vesánico, de los elementos ebrios de destrucción...

¿Cómo es posible pretender describir la desaparición de un Estado en plena vitalidad, en afebrada reorganización, ciudades enteras comidas por el huracán avasallador y homicida, montañas de muertos, clamores de carne doliente que pide morir para acabar de una vez, millares, muchos millares de familias sin techo y sin alimentos; ¿cómo es posible llegar a pintar tanto infortunio, tanta miseria, tanta desolación, tanto dolor humano y super-humano, tantas turbaciones materiales, morales y espirituales, en una página, en un urgido llamado en que la emoción personal, íntima, rompe la frase, suspende el discurso para enjugar una irrefrenable lágrima?...

Pero no, no es la hora para llorar ni para meditar sobre los cadáveres insepultos. Porque al lado de ellos, hay madres, hay esposas, hay hermanas, hay padres, hay hijos, hay todo un pueblo que no tiene asilo, que no tiene una migaja que comer...

Ínutil es invocar aquí las razones de elemental humanidad, los simpáticos atributos de fraternidad que ligan a naciones de una misma raza y de un mismo origen latino, para que éstas, escuchando la voz de sus sentimientos más delicados y más hondos, vuelquen su corazón y su bolsillo en la República Dominicana, envuelta en el sudario de la ruina, de la desesperación, de la miseria de pan...

Instituciones oficiales y privadas, sociedades de Beneficencia, academias de ciencias y de letras, cámaras de comercio y de industria, círculos sociales, Universidades, escuelas, sindicatos de obreros y de campesinos, intelectuales, colegas de la prensa, instituciones bancarias, corporaciones religiosas y laicas, hospi-

tales, sanatorios, centros deportistas, compañías de espectáculos, patrones, empleados, padres de familia, niños de todo el universo occidental, enviad directamente vuestra contribución a la ciudad de Santo Domingo: óbolo en dinero, óbolo en productos farmacéuticos, medicinales, sanitarios; óbolos en libros, en mantas y cobertores, camas, trajes, vestidos, calzado, abrigos; óbolo en productos alimenticios, conservas, leche, harina, carne salada, etc., en fin, todo cuanto pueda

traer un poco de calor, de simpatía humana, ¡un destello de vida! a una nación despedazada, privada de los más indispensables elementos de subsistencia; un poco de sol a lo que resta de un pueblo tres veces mártir!

Entendemos que pueden dirigirse las donaciones a nombre del flamante jefe de Estado, señor General Trujillo, a la Cruz Roja y a todas las legaciones y consulados de la República Dominicana en el extranjero.

Carlos Deambrosio - Martín

Paris, setiembre 1930.

Epístola irónica y sentimental a José Carlos Mariátegui

= Envío del autor =

*Envuelto en risas de hierro
caminaba, José Carlos.
Ladraba un perro, otro perro,
yo pasaba sin mirarlos.*

*Ser pan quería y ser trino
dando el alma con la boca,
y protestaba la roca
y me mordía el camino.*

*Mas yo en la roca escribía,
o probaba mis cinceles,
y le daba a mi ironía
que guardara mis laureles.*

*Nunca el hombre pequeño
me hizo sentir amargura,
pues cuando grito, mi grito
es cincel en escultura.*

*Y hasta el ladrido del perro
para mí era trampolín
y salvaba cerro y cerro
ensayando un volatin.*

*Llevaba el ala doblada
como si fuera un pañuelo
y hundía mi dentellada
en el cielo caramelo.*

*Era cristal y mi boca
fumaba espiral de trino,
mas el cristal era roca
y el trino puñal divino.*

*Y así, vestido en sonrisas,
paseaba alegre y sólo,
defendiéndome de risas
con mis rosas de vitriolo.*

*Pero usted que es escultura,
—le quedan pecho y cabeza—
vino hasta mi amargura
para enjuiciar mi belleza.*

*Vino a mi risa y me dijo:
—Alberto, no puede ser
que sea usted crucifijo
para el arte: debe arder.*

*¿Por qué reír y reír
como si fuera un bufón?
Poeta, debe partir
de nuevo a su corazón.*

*¿No era Ud. un vagabundo
divino como el Bautista?
¿No tenía Ud. el mundo
entre sus manos de artista?*

*¿Por qué se ensucia las manos
con la sangre de laurel,
si los laureles son vanos
si no los talla el cincel?*

*¿Por qué enmascara, humorista,
su pensamiento de grillo,
por qué no sigue la pista
que dijo su caramillo?*

*Le muerde la boca el beso
venenoso de la gloria,
¿no sabe usted que es escoria
estatua esculpida en yeso?*

*Cain, Cain que sofoca
en su interior al poeta
y grita risa en su boca
oculto en una careta!*

*¿Por qué intoxica de urbe
su corazón que es un ave
y un cordero, que no sabe
que el ave es libre si sube?*

*Así me dice, y en parte
tiene razón. Mas permita
que yo le cuente mi cuita
y por qué se ríe mi arte.*

*Usted que tiene su pecho
de diamante y de fulgor,
verá si tengo derecho
de ser lobo y ruiñeñor.*

*Yo me dí a los hombres todos
en trino y en pensamiento:
me arrojaron con sus lodos,
me coceó hasta el jumento.*

*Me vieron bueno y por bueno
me devoraron la mano:
nunca tenía veneno
mi pecho abierto al hermano.*

*Por eso ahora prefiero
dar sonrisa por ladrido
y ante el lobo carnívoros
también de lobo ir vestido.*

*¿Prefiere que me lamente?
Yo me envolví en mi sonrisa
y puse, en vez de ceniza,
cascabel sobre mi frente.*

*Yo tenía el corazón
como de niño, muy blando,
y en cada boca, jugando,
volaba como abejón.*

*El se prendía a los senos
tan dulces de las mujeres,
¿extrañará los venenos
que hoy llevan sus alfileres?*

*Por eso río y mi risa
es pañuelo de batista,
nadie vé sangre y ceniza
bajo la máscara artista!*

*Otro, en mi caso, solloza:
yo me envuelvo en carcajada.
Mi carcajada es la rosa
que encuentra la dentellada.*

*Ríe mi alma por fuera
y mi dolor es bufón,
hasta del mismo azadón
reirá mi calavera.*

*¿Por qué seguir de cordero
si todos tienen colmillo?
¿Ante el boá traicionero
he de hacer de pajarillo?*

*¿Si cualquiera me heriría
el corazón vulnerable,
quiere usted que arroje el sable
agudo de mi ironía?*

*Reiré, me siento fuerte.
Ahora me embriaga el zumo
del orgullo, ante la muerte
mi alma ha de ser de humo.*

*Soy como el humo, me inclino
con sonrisa de bufón,
mas sobre el cielo divino
yo soy pompa de jabón.*

*Soy un buen varón en celo
y mi musa tiene enaguas.
Soy poeta y guardo el cielo
debajo de mi paraguas.*

*A veces fumo una tarde
en la pipa de algún seno,*

*más luego llora mi alarde
porque el seno fué veneno.*

*Como es la noche una dama
que viste de astro y de seda,
yo me río si en la cama
soy yo su cisne de Leda.*

*Hago mis libros, escribo;
visto mi alma de papel,
y así pinto mientras vivo
mi rostro con el laurel.*

*Deje que haga de payaso,
mi alegría es contagiosa
y así me verá del brazo
del perfume de la rosa.*

Alberto Guillén

(Esta epístola fué escrita a raíz de un artículo que Mariátegui escribió sobre mi obra. Se ha conservado inédita hasta hoy.)

Lima, 1925.

Tablero =1930=

El tomo II de las Meditaciones de Omar Dengo, ya está en prensa. Con la publicación de esta obra, los que siguen amándolo honran su memoria en el 2.º aniversario de su muerte. Quienes deseen adquirirla, diríjanse al Administrador del Rep. Am. Con la solicitud de la obra, remitan, bajo cubierta certificada, su precio: ₡ 2. La edición es corta y no llegará el libro sino a quien se interese por adquirirlo.

Precio del ejemplar en el extranjero \$ 1 oro am.

Hacia la reorganización técnica de los Congresos

= De El Tiempo, Bogotá =

...En realidad, el congreso constituye un terrible problema para los Estados Unidos. Dentro de la nueva economía, con la masa enorme de capitales que se mueven a diario en los estados, sin una adaptación económica, sin un criterio científico en cada uno de los rodajes de la administración pública, los pequeños errores que se cometen en la legislación se reflejan penosamente en la vida de los pueblos. Una falsa actitud en los negocios públicos se traduce muy pronto en deudas que deberán pagar con su trabajo y con su tranquilidad las nuevas generaciones. Las obras inconsultas, los presupuestos atolondrados, las leyes de ostentación, los armamentos inútiles, se pagan de contado con empréstitos, pero quedan las deudas pendientes por cuyo cumplimiento se hacen solidarios quienes más ajenos estuvieron a la hora del compromiso. Las leyes antiguas no traían estos peligros, porque no podían cumplirse si eran de grandes erogaciones, o porque la hacienda giraba siempre al rededor de guarismos insignificantes. El crédito ha barrido esta frontera, y hoy llenarse de deudas es la cosa más sencilla del mundo. Y la responsabilidad anónima del congreso ha resultado un campo maravilloso para endeudar a los pueblos sin temor.

El problema más difícil de solucionar en las democracias ha venido a situarse en el congreso, por que el mundo necesita de un criterio económico, y los congresos se mueven por un criterio político.

Las nuevas generaciones persiguen hoy una reorganización técnica de los congresos para que influyan decisivamente en sus deliberaciones los principios científicos y las investigaciones sociales, para que la comprobación universitaria tenga algún significado en la labor legislativa. La universidad se ha separado de la vida metafísica con este objeto,

buscando contactos directos con la sociedad y convirtiéndolo en un laboratorio cada grupo humano que tenga un valor positivo. Las nuevas generaciones no tienen los compromisos de las que ya se han madurado a la sombra de extraños intereses y en ellas no obran las corrientes de conveniencias particulares con fuerza decisiva. Aquí mismo, en los Estados Unidos, un grupo de profesores de la Universidad de Columbia, a cuya cabeza se encuentra Dewey, ha proclamado la urgencia de formar un partido nuevo que tenga orientación más universitaria que política. Los economistas americanos, a raíz del rechazo que sufrieron en sus puntos de vista al discutirse la tarifa aduanera, vieron que el mal era más hondo. Ojalá que esta enseñanza se haga universal y las juventudes se orienten hacia una política de acción científica en donde los problemas de cada país no se resuelvan a ojo y por instinto, sino sobre una base de investigación y de conocimiento más teñida de criterio universitario.

Germán Arciniegas

Nueva York, junio de 1930.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes,
Ciencias y Educación.
Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. García Monge

Apartado Letra X

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	₡ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El año, para el exterior: 2 tomos de 24 entregas cada uno	\$ 6.00

Avisos:

La pulgada cuadrada: 20 cts. oro
la inserción.

En el contrato semestral de Avisos se da un 5 % de descuento. En el anual, un 10 %.

Imp. Alsina (Sauter, Arias & C.) San José, Costa Rica

Ante la exaltación de Olaya Herrera

El triunfo de la tendencia liberal en Colombia significa, a mi juicio, la muerte definitiva en América de un concepto absurdo e inhumano de la vida social.

Ojalá que el advenimiento del nuevo régimen del presidente Olaya Herrera purgue al liberalismo de Colombia de los errores filosóficos que esa doctrina encierra y evite las equivocaciones en que ha incurrido desde el punto de vista económico y jurídico, en todo el continente, desde los Estados Unidos de Norteamérica hasta la República Argentina.

Se pudo ser liberal, en el campo de las ideas y en el de la política, antes de la exhibición pública de las consecuencias que el liberalismo engendró en la economía del mundo y en la ética nacional e internacional; después de ella, nadie puede tener fe en la libertad jurídica ni en el principio individualista—en el que esa libertad descansa—si no va aparejada a una garantía económica que permita al hombre hacer uso de sus derechos políticos.

El liberalismo en las repúblicas americanas prohió y ha desorrollado las dictaduras militares y las pequeñas o grandes burguesías que rigen de hecho su destino. Es preciso, pues, que el nuevo gobierno de Colombia aproveche esta experiencia de un siglo de utopías escritas en las constituciones de los pueblos de América, y haga realidad lo que el liberalismo posee de trascendental y permanente: el respeto a la conciencia del hombre y a la voluntad de las mayorías. De este modo, Colombia puede ahorrarse—pasando del régimen conservador al sistema de gobierno basado en el principio de la justicia social, que reposa a su vez en la libertad cívica señalada—un largo período de luchas internas que sólo aprovechan al imperialismo yanqui, contribuyendo así en forma eficaz, al triunfo de la causa de Bolívar.—**Vicente Lombardo Toledano.**

(El Tiempo, Bogotá)

Ejemplos laudables

La Universidad Nacional de La Plata acaba de ser objeto de un considerable legado, cuya causante ha querido se lo destine a la creación y sostenimiento de una escuela de agricultura y ganadería. No son entre nosotros tan frecuentes, como sería de desear, estas manifestaciones de generoso desprendimiento en favor del Estado, inspiradas en una noble preocupación patriótica, en el deseo de acrecentar la cultura y el bienestar del pueblo. Tales actos cuya frecuencia e importancia en los Estados Unidos constituyen un bello rasgo de la civilización de aquel país, se originan, por lo demás, en un concepto superior de las obligaciones que comporta la fortuna hacia la sociedad cuyas condiciones han facilitado su formación y conservación. Reconocerlo así y proceder en consecuencia es de todos modos un mérito eminente en medio de la indiferencia común; y los que disponen de sus bienes en forma tan eficazmente benéfica para la colectividad merecen, por cierto, el reconocimiento y el homenaje duradero de la misma. Ha poco señalábamos también como un ejemplo digno de elogio el de un ciudadano recientemente fallecido que consagró su fortuna y su esfuerzo personal a fomentar en todos los órdenes la cultura intelectual y artística. Igualmente encomiable es la actitud de la dama a quien nos referíamos ahora, cuyo importante legado, tan inteligentemente destinado, propenderá al progreso de estudios muy necesarios en nuestro país, como son aquellos relacionados con sus principales industrias. No sólo la generosidad, sino también la útil aplicación que de ella se hace es, pues, lo que debe destacarse en este caso, que sería de desear tuviera muchos imitadores en nuestra sociedad.

(La Nación, Buenos Aires)